

# **DERRIBANDO EL IMPERIO DEL EGO**

A man with a full brown beard and mustache, wearing a black tuxedo jacket over a white shirt, is adjusting a gold crown on his head with both hands. He has a serious, intense expression. The background is dark with bright orange and yellow flames rising from the top right.

**OSVALDO REBOLLEDA**

# **DERRIBANDO EL IMPERIO DEL EGO**



**OSVALDO REBOLLEDA**

Este libro No fue impreso  
con anterioridad  
Ahora es publicado en  
Formato **PDF** para ser  
Leído o bajado en:  
**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

Provincia de La Pampa  
**[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)**

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica: **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

# CONTENIDO

<b>Introducción.....</b>	<b>5</b>
Capítulo uno:	
<b>El ego entronizado.....</b>	<b>10</b>
Capítulo dos:	
<b>El Imperio en expansión.....</b>	<b>24</b>
Capítulo tres:	
<b>La falsedad del Imperio del ego.....</b>	<b>34</b>
Capítulo cuatro:	
<b>El daño que produce el Imperio del ego.....</b>	<b>47</b>
Capítulo cinco:	
<b>La paradoja del Imperio del ego.....</b>	<b>56</b>
Capítulo seis:	
<b>Derribando el Imperio del ego.....</b>	<b>67</b>

Capítulo siete:

<b>El poder que vence al Imperio.....</b>	<b>75</b>
<b>Conclusión Final.....</b>	<b>88</b>
<b>Guía práctica para la identificación del ego.....</b>	<b>94</b>
<b>Reconocimientos.....</b>	<b>101</b>
<b>Sobre el autor.....</b>	<b>103</b>



# INTRODUCCIÓN

*“Delante de la destrucción va el orgullo, y delante de la caída, la arrogancia de espíritu.”*

Proverbios 16:18

No siempre el mayor obstáculo y el peor enemigo para seguir a Cristo están fuera de nosotros. Aunque nos sintamos cómodos señalando al diablo que, por cierto, es nuestro adversario, en ocasiones simplemente no es él quien interviene. A veces, nuestros enemigos tampoco se llaman mundo, sistemas o culturas. No siempre son personas ni estructuras externas.

A veces, nuestro peor enemigo no ruge como león ni se disfraza de ladrón. No se presenta como herejía ni como mal liderazgo. A veces, simplemente se sienta con nosotros a orar, canta en el culto y hasta permanece en medio de nuestras actividades eclesiales. Ciertamente, es sutil, astuto y persistente. Ese enemigo es el “yo”, nuestro ego, que pretende defender su imperio a como dé lugar.

Nadie está exento de este enemigo tan personal: ni el joven recién convertido ni el pastor veterano. Es un adversario doméstico. Vive dentro de nosotros, se esconde detrás de nuestras virtudes, se justifica con buenas intenciones y se alimenta a través de los reconocimientos.

Es capaz de modificar la doctrina correcta para conservar su trono, o de utilizar medias verdades, ya que lo único que le importa es gobernar desde las sombras. De hecho, procura hacernos creer que siempre estamos edificando el Reino de Dios, cuando en realidad, en algunas ocasiones, solo estamos ampliando nuestro imperio personal.

Vivimos en tiempos donde el ego no solo no se reprime, sino que se celebra. Se le llama autoestima, empoderamiento, amor propio. Se le rinde culto en redes sociales, se le da púlpito en algunos sermones y se le sienta en la mesa de las decisiones personales. Pero el ego no quiere compartir su trono ni está dispuesto a negociar su imperio. Sin embargo, solo Uno debe reinar en el corazón del hombre: es Cristo, no nuestro ego.

El problema es que el ego es un maestro del disfraz, y como es un íntimo de toda la vida, no lo detectamos fácilmente. Se viste de esfuerzo, pero busca aprobación. Se disfraza de liderazgo, pero desea control. Habla de justicia, pero exige venganza. El ego nos hace más sensibles al aplauso que a la voz del Espíritu, más reactivos ante la crítica que receptivos al consejo, más preocupados por la imagen que por la integridad espiritual.

Cuando el ego gobierna, vivimos agotados, insatisfechos y cargados de ambiciones. Siempre tratando de demostrar algo, de competir, de sobresalir, de no quedar atrás, o de facturarnos los fracasos. Corremos detrás del reconocimiento, como si nuestra identidad dependiera de lo

que los demás vean, digan o aprueben. Pero el alma no fue creada para vivir en el escenario, sino en el altar. No para exhibirse, sino para rendirse.

Lo peor es que, si no logramos el éxito que buscamos, el ego se disfraza de víctima para ser complacido aun por la frustración, la depresión y la queja. Es muy extraño, porque al final, lo que desea es gobernar: sea desde el éxito o desde el fracaso. Eso pareciera no importarle, y de alguna manera, eso es lo que lo hace tan perversamente peligroso y dañino.

El ego procura levantar su imperio y resguardarlo de todo peligro. No con ladrillos de orgullo descarado, sino con pequeñas actitudes cotidianas: la necesidad constante de tener razón, la incapacidad de escuchar sin interrumpir, el impulso de dominar una conversación, la ofensa ante una crítica, el deseo secreto de ser visto, el rechazo a la corrección. Es un imperio interior, muchas veces invisible... Por eso se siente tan amenazado por el Espíritu Santo, porque sabe que el Señor ha llegado para gobernar de manera absoluta.

Este libro no es para señalar a otros, sino para enfocarnos en nosotros mismos. Es para mirar hacia adentro. No es para destruir nuestro valor, sino para revelarnos dónde está verdaderamente nuestro valor. Es para derribar lo falso y dar paso a lo eterno. Porque el ego, ese falso yo, necesita morir para que el verdadero ser creado en Cristo pueda manifestarse con toda plenitud.

Jesús fue claro cuando dijo: *“Niéguese a sí mismo...”* No dijo que ignoremos nuestro ser interior. No dijo que lo toleremos, ni que lo resistamos como si fuera el diablo. Dijo que lo neguemos. Que le cerremos la puerta. Que lo llevemos a la cruz. Porque ese yo orgulloso, temeroso, competitivo, herido, y manipulador... no puede heredar el Reino. Solo el hombre nuevo, nacido del Espíritu, puede vivir como embajador del Rey.

El ego ha dañado relaciones, ha destruido ministerios, ha provocado divisiones, ha robado la paz a muchos creyentes. Pero la buena noticia es que no estamos llamados a vivir gobernados por él. En Cristo, podemos derribar ese imperio y levantar un altar. Podemos dejar de vivir para ser vistos... y empezar a vivir para ver a Cristo ciertamente glorificado.

El viaje que estamos por comenzar no será cómodo. Pero sí será liberador. Será como encender una luz en una habitación que hace tiempo evitamos mirar. Será permitir que el Espíritu Santo derrumbe fortalezas internas que nosotros solos no podíamos ver ni tocar. Y cuando esas murallas caigan, escucharemos con mayor claridad la voz del Rey, y seremos libres para gestionar Su voluntad.

¿Han observado que, al hablar de compromiso y devoción religiosa, nadie se molesta, pero que al hablar del Reino saltan todas las alarmas y se genera hostilidad? ¿Alguna vez se han preguntado por qué el mensaje del Reino irrita tanto a las personas? En la época de Jesús, todos los

religiosos estaban cómodos y felices, pero cuando apareció Juan el Bautista, surgió la violencia.

A Juan le cortaron la cabeza, a Jesús lo clavaron en un madero, y a los cristianos del primer siglo los persiguieron, encarcelaron, torturaron y mataron, porque el mensaje que predicaban era el evangelio del Reino. Cuando se crearon estructuras capaces de defender la religiosidad y el poder humano, todo se calmó. Sin embargo, cuando la Reforma comenzó con la idea de devolverle la Iglesia al Señor, la muerte se hizo presente nuevamente.

Amados hermanos, debemos entender que estamos hablando de un enemigo peligroso. Nosotros identificamos al diablo porque lo arenga para que actúe, pero, siendo cristianos, el ego es nuestro mayor enemigo. Y si se animan a combatirlo, derribaremos su imperio. Hacer esto es abrir la puerta al verdadero Reino. No uno construido por manos humanas, sino por la obediencia de los redimidos. Porque solo cuando el ego se arrodilla, Cristo puede reinar con plenitud.

***“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame.”***

Lucas 9:23



# Capítulo uno

## **EL EGO ENTRONIZADO**

*“Tú decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios levantaré mi trono... seré semejante al Altísimo.”*

Isaías 14:13 y 14

Todo imperio comienza con una ambición, usurpando un poder y una posición que no le corresponde. Así comienza también el imperio del ego. No con gritos de rebelión, sino con susurros complacientes en el corazón: “Yo merezco más. Yo sé más. Yo debería estar más alto”. Y así, en silencio, el “yo” empieza a inflarse como un globo alimentado por deseos secretos. Reconocimiento, control, superioridad, poder disfrazado de espiritualidad... cualquier cosa le viene bien para encumbrarse.

El ego enaltecido no siempre se ve arrogante. Muchas veces tiene formas sutiles, pero no menos destructivas. Puede esconderse en un corazón herido que quiere probar su valor. Puede refugiarse en el desempeño ministerial, en las palabras bonitas, en los logros acumulados. Pero detrás de todo eso hay un “yo” que ha perdido el enfoque: ya no vive para

agradar a Dios, sino para demostrar algo a los demás... o incluso a sí mismo.

Cuando el ego se infla, el alma se deforma. La humildad es reemplazada por la auto-importancia. La obediencia, por la autosuficiencia. La sensibilidad al Espíritu, por la necesidad de validación. Y lo más trágico es que a veces no lo notamos. Seguimos sirviendo, cantando, predicando, orando... pero el eje ya no es Cristo, sino nuestro reflejo en el espejo.

Lucifer cayó por esto. No cometió un pecado visible como los que escandalizan a los hombres. No comenzó robando porque tenía todo lo necesario. No comenzó mintiendo porque ante Dios esa estrategia no funciona. No adulteró vencido por la sexualidad. Su gran pecado fue primeramente interno: ***“Subiré... levantaré mi trono... seré semejante al Altísimo” (Isaías 14)***. La esencia de su caída fue el ego. Quiso tomar un lugar que solo a Dios le pertenece. Y ese mismo veneno, en menor escala pero con igual raíz, aún intoxica a muchos corazones humanos.

El ego entronizado distorsiona la percepción. Nos hace creer que somos más importantes de lo que realmente somos, que nuestra opinión es indispensable, que nuestra forma es la correcta, que los demás deberían admirarnos. Y cuando eso no sucede, cuando no nos reconocen, cuando nos corrigen, cuando otro es preferido, el ego se hiere. Se resiente. Se vuelve susceptible. Busca entonces entronarse más para no sentirse pequeño.

Pero el Reino de Dios no se edifica con gente entronizada en sí misma, sino con gente quebrantada. No con los que buscan gobernar, sino con los que están dispuestos a cargar su cruz. Jesús no vino a inflar nuestro ego. Él vino a ponerlo en su lugar, para dar paso a una vida nueva, libre del peso de la auto-exaltación.

Un corazón desenfocado no puede ver con claridad. Cuando el “yo” ocupa el centro, Cristo queda en los márgenes. Y aunque lo invoquemos con los labios, nuestros hechos lo niegan. Si todo gira alrededor de nosotros, nada puede moverse conforme a Su voluntad. Este es el drama de una generación cristiana que sabe hablar de Jesús, pero que no siempre está dispuesta a negarse a sí misma.

Dios, en su misericordia, permite a veces el quebranto para desinflar lo que nosotros hemos inflado. Permite que no seamos vistos, que seamos pasados por alto, que nuestras ideas no prevalezcan. ¿Por qué? Porque nos ama lo suficiente como para no dejarnos edificar sobre una imagen falsa. Porque sabe que un “yo” entronizado es una bomba emocional que, tarde o temprano, estallará.

El ego quiere trono, pero Jesús quiere altar. El ego pide aplausos, pero Jesús busca obediencia. El ego vive comparándose, pero Jesús nos llama a mirar la cruz. Y en ese cruce de caminos, cada día debemos decidir: ¿entronizamos el ego o lo rendimos a Cristo?

Yo sé muy bien que no es fácil. No estoy subestimando la tarea. Vivimos en un mundo que nos empuja a sobresalir, a mostrarnos, a destacarnos. Y a veces nos hacen creer que para eso es la fe. Pero el Reino opera al revés: los últimos son primeros, el mayor es el siervo, el que se humilla será exaltado. No por hombres, sino por Dios. Porque solo cuando el ego cae... Cristo se levanta con gloria en nosotros.

***“Mirad que no hagáis vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos.”***

Mateo 6:1

Hay un anhelo profundo que late en el corazón humano: el deseo de ser visto. De ser validado. De que alguien diga: “Lo hiciste bien”, “Qué increíble eres”, “No podríamos haberlo logrado sin ti”. No es malo querer ser valorado. El problema surge cuando esa necesidad se convierte en el motor que impulsa todo lo que hacemos. Cuando vivir para los ojos de los demás reemplaza el llamado de vivir para los ojos de Dios.

La necesidad constante de reconocimiento es una de las formas más engañosas y comunes del ego. Tiene apariencia de entrega, pero busca recompensa. Tiene apariencia de humildad, pero ansía aplausos. Sirve, pero esperando que lo noten. Ama, pero deseando ser amado en la misma medida. Predica, pero espera que lo elogien. Comparte, pero quiere ser aplaudido. En el fondo, el “yo” no

quiere desaparecer. Quiere ser visto, admirado y recompensado.

Jesús confrontó este espíritu con fuerza. Lo hizo cuando habló de aquellos que daban limosna haciendo sonar trompeta, oraban en las esquinas y ayunaban con rostro triste para que los hombres los vieran (**Mateo 6:1 al 18**). No estaba en contra de dar, orar o ayunar. Estaba en contra de hacerlo como espectáculo. Porque la fe no es un show. Y el corazón del Padre no se impresiona con lo que impacta a la multitud.

Hoy en día, la necesidad de reconocimiento se amplifica. Vivimos en tiempos donde todo puede ser exhibido: nuestras obras, nuestros logros, nuestras palabras. Podemos publicar, compartir, mostrar. Pero ¿por qué lo hacemos? ¿Qué parte de nuestro corazón busca aprobación constante? ¿Qué herida no sanada se alimenta del “me gusta” de otros?

El ego, cuando no ha sido rendido, encuentra en el reconocimiento su alimento preferido. Y si ese alimento no llega, se debilita, se resiente, se amarga. Un alma que vive de la aprobación externa jamás encontrará descanso, porque el reconocimiento humano es inestable, caprichoso y efímero. Hoy nos celebran, mañana nos olvidan. Hoy somos elogiados, mañana criticados. ¿Y entonces? ¿Quiénes somos cuando nadie nos aplaude?

El verdadero discípulo aprende a vivir en el secreto. Aprende a amar sin esperar ser amado de vuelta, a servir sin

esperar un micrófono, a sembrar sin exigir cosecha inmediata, a edificar sin firmar su nombre en la obra. Porque su recompensa no está en la tierra, sino en el cielo. Su seguridad no está en los ojos de los hombres, sino en la mirada de aprobación del Padre.

Dios honra en lo secreto lo que fue hecho en lo secreto. Y eso es algo que el ego no tolera. El ego quiere público, quiere luz, quiere escenario. Pero el Espíritu forma siervos en la cueva, en el anonimato, en la fidelidad que no necesita cámaras ni premios. El cielo no mide la grandeza por aplausos, sino por obediencia.

La necesidad de reconocimiento es también una señal de inseguridad. Un alma segura en Cristo no vive para ser vista, porque ya ha sido vista, amada y aceptada por el Padre. No necesita demostrar nada, porque descansa en la obra terminada de la cruz. Vive para servir, no para impresionar. Vive para agradar a Dios, no para ser el centro de atención.

Juan el Bautista lo expresó con claridad: ***“Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe” (Juan 3:30)***. Esa es la consigna del Reino: que Cristo sea exaltado, aunque yo sea olvidado; que su gloria aumente, aunque mi nombre se borre; que el cielo celebre, aunque la tierra no lo note. Sin embargo, vean ustedes que Juan terminó con la cabeza en un plato, porque, después de señalar al Cordero, tendría que haber salido de la escena. Pero en lugar de eso, fue al palacio a exhortar al rey para que cambiara su modo de vivir.

Es decir, Juan el Bautista, en general, exhortaba a los ciudadanos comunes diciéndoles: ***“Arrepentíos, porque el Reino de los cielos se ha acercado”*** (Mateo 3:2); sin embargo, después de bautizar al mismo Jesús y declarar que era tiempo de menguar, fue al palacio a decirle, nada menos que al rey, que debía arrepentirse. ¿No será que su ego lo metió en una misión no asignada por el Padre?

No pretendo criticar a Juan; él tuvo que tener una personalidad muy fuerte para hacer lo que hizo en el Jordán. No olvidemos que se opuso a todo el sistema de su época. Lo que digo es que, tal vez, ese mismo ego que se había alineado al poder del Espíritu Santo, ni bien encontró la ocasión, procuró afirmar su propio imperio.

El ego pide reconocimiento. El Espíritu pide rendición. Y ahí está el conflicto interno de cada día: ¿a quién queremos agradar? ¿A los hombres, a nosotros mismos... o a Dios? Derribar este aspecto del ego no es simplemente negarse a sí mismo en lo superficial, es clavar en la cruz esa necesidad de aprobación que nos roba la libertad.

Cuando morimos a esa necesidad, comenzamos a vivir con gozo verdadero. Ya no hacemos cosas para ser vistos. Hacemos porque amamos. Ya no servimos para ganar algo. Servimos porque Cristo ya nos lo dio todo. Amados hermanos, no tengo dudas de que todos estamos de acuerdo con estas cosas. Solo estoy gritando en la puerta de nuestra alma, porque en las sombras está agazapado el ego que todos

tenemos, y lo estoy empujando a dar señales de su permanencia.

***“El camino del necio es recto en su opinión; mas el que obedece al consejo es sabio.”***

Proverbios 12:15

Una de las formas más claras en que el ego se manifiesta es en su relación con la corrección. El ego no soporta que lo corrijan, que lo confronten, que lo expongan. Se defiende, se justifica, se encierra. Puede tolerar el elogio, incluso fingir humildad ante la alabanza... pero cuando se le señala un error, se resiente como un niño herido que teme quedar desnudo.

La crítica, aun cuando es amorosa, puede ser vivida como una amenaza cuando el “yo” ocupa el centro del corazón. No porque el error señalado sea grande, sino porque el ego entronizado no tolera verse pequeño. El problema no está en la crítica en sí, sino en la construcción interna que hemos hecho de nuestra imagen. Nos duele que nos corrijan porque hemos atado nuestro valor personal al desempeño, a la apariencia, a la reputación.

Muchos creyentes no crecen porque no soportan ser confrontados. Viven buscando entornos donde nadie les diga nada, donde todo sea afirmación y palmaditas en la espalda. Pero donde no hay corrección, no hay madurez. Y donde el ego gobierna, la crítica siempre se percibe como ataque, aunque venga con lágrimas, con amor y con verdad.

El orgullo no permite recibir. Se endurece. Levanta muros. Cambia de tema. Se justifica. Minimiza la falta. Acusa al otro. Cambia de iglesia. Rompe relaciones. Prefiere mantenerse en una burbuja antes que rendirse a la verdad. Por eso la Escritura dice que el que aborrece la reprensión es torpe (**Proverbios 12:1**). No se trata de inteligencia, sino de disposición del corazón.

A menudo no percibimos cuánto nos esforzamos por librarnos de la culpa. Como ejemplo, podemos observar la actitud de Aarón, quien en cierta ocasión, estando Moisés en el monte durante cuarenta días, vio que el pueblo se impacientaba y volvía a sus costumbres idólatras egipcias, edificando un becerro de oro para complacerlos (**Éxodo 32:4**).

Cuando Moisés regresó del monte y vio lo que se había hecho, le preguntó con justa indignación a Aarón acerca de ello. Pero Aarón, en lugar de asumir su responsabilidad, respondió: *“No se enoje mi señor; tú conoces al pueblo, que es inclinado al mal. Porque me dijeron: Haznos dioses que vayan delante de nosotros, porque a este Moisés, el varón que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido. Y yo les respondí: ¿Quién tiene oro? Apartadlo. Y me lo dieron, y lo eché en el fuego, y salió este becerro”* (**Éxodo 32:22 al 24**). ¿No les parece una forma absurda de defenderse?

Aunque pudiera decirse que los esfuerzos que hacemos por evitar toda culpa posiblemente se deban a un modo de

pensar confuso, cuando tratamos de culpar a otros, muy probablemente hay algo mal en nuestro corazón. En ese acto se revela el orgullo y el egoísmo. Al proceder así, claramente estamos siguiendo la tendencia que heredamos de nuestros primeros padres. Adán, lo primero que hizo al ser confrontado por Dios, fue echarle la culpa a la serpiente, a Eva por ofrecerle la fruta, y al mismo Dios por haberle dado una mujer (**Génesis 3:12**).

Otro ejemplo es el del rey Saúl, quien manifestó el mismo ego entronizado en varias ocasiones. Cuando fue censurado por Samuel por ofrecer presuntuosamente un sacrificio, Saúl se excusó: *“Porque vi que el pueblo se me desertaba, y que tú no venías dentro del plazo señalado, y que los filisteos estaban reunidos en Micmas, me dije: Ahora descenderán los filisteos contra mí a Gilgal, y yo no he implorado el favor de Jehová. Me esforcé, pues, y ofrecí holocausto”* (1 Samuel 13:11 y 12).

Más adelante, cuando el Señor le mandó que aniquilara a los amalecitas sin perdonar ni hombre ni bestia, y Samuel lo confrontó, Saúl dijo: *“De Amalec los han traído; porque el pueblo perdonó lo mejor de las ovejas y de las vacas, para sacrificarlas a Jehová tu Dios; pero lo demás lo destruimos”* (1 Samuel 15:14 y 15).

Notemos que Saúl no asumió su pecado, sino que señaló al pueblo como responsable, cuando en realidad él era el rey. Samuel, sorprendido por su respuesta, le preguntó: *“¿Por qué, pues, no has oído la voz de Jehová, sino que*

***vuelto al botín has hecho lo malo ante los ojos de Jehová?”***  
**(1 Samuel 15:19).**

Increíblemente, Saúl no corrigió su postura, sino que fue por más: ***“Antes bien he obedecido la voz de Jehová, y fui a la misión que Jehová me envió, y he traído a Agag, rey de Amalec, y he destruido a los amalecitas. Mas el pueblo tomó del botín ovejas y vacas, las primicias del anatema, para ofrecer sacrificios a Jehová tu Dios en Gilgal”*** (1 Samuel 15:20 y 21). Fue entonces que Samuel dejó registrada una de las frases más aleccionadoras de toda la Escritura:

***“¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros. Porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría la obstinación.”***

1 Samuel 15:22 y 23

Saúl no fue ungido por Dios para fracasar. Tenía toda la autoridad, y podría haberla ejercido correctamente. Pero buscó congraciarse con el pueblo y luego les echó la culpa ante Dios. Incluso cuando su sentencia ya había sido pronunciada por Samuel, no mostró verdadero pesar ante el Señor, sino que le dijo: ***“Yo he pecado; pero te ruego que me honres delante de los ancianos de mi pueblo y delante de Israel...”*** (1 Samuel 15:30).

Notemos que, aun después de su pecado y de haber perdido el reino, lo que más le importaba a Saúl era lo que dijeran los ancianos y el pueblo de Israel. Lo lógico sería pensar: “¿Qué importa lo que digan los ancianos de mi pueblo? Lo único que me importa es lo que diga mi Señor y claramente lo he ofendido...”

Muy distinto es el proceder del rey David, quien también cometió graves errores, pero cuando fue confrontado por el profeta Natán, asumió su responsabilidad y su culpa de manera inmediata. David no puso excusas ni culpó a otros por su pecado. Fue un hombre conforme al corazón de Dios, no porque fuera perfecto, sino porque sabía recibir corrección.

Cada vez que David erró, cayó de rodillas ante Dios, se arrepintió, rasgando su corazón y no sus vestiduras. Incluso, ante el pecado con Betsabé, escribió uno de los salmos más conmovedores de la historia, en el que dice: ***“Contra ti, contra ti solo he pecado...”*** (Salmo 51:4). El que tiene el corazón de Dios no es el que nunca falla, sino el que a pesar de un error, permite ser corregido por el Señor.

El ego hace que todo se vuelva personal. El alma herida convierte cualquier señalamiento en un ataque a su valor. Pero cuando el yo está rendido, la crítica ya no es veneno, sino medicina. Y la convicción del Espíritu Santo nunca es rechazada. Podemos discernir cuándo una corrección es justa, cuándo es inmadura o malintencionada, y aun así crecer a partir de ella. Porque quien vive para

agradar a Dios, no se aferra a su imagen, sino a la presencia del Señor.

Uno de los mayores regalos que Dios nos da es Su corrección. Nos da pastores, mentores, amigos espirituales que, en amor, pueden decirnos: “Eso no estuvo bien”, “Estás dejando de ver algo”, “Revisa tu actitud”. Cuando despreciamos esa voz, despreciamos al Espíritu Santo que está tratando de hablarnos a través de los hermanos.

El “yo” que no soporta críticas aún no ha muerto. Sigue tratando de protegerse, de justificarse, de quedar bien. Pero el corazón rendido no necesita tener siempre la razón. Necesita ser transformado. Necesita crecer. Y para crecer, a veces hay que ser podado. Aunque duela. Aunque no nos guste.

Una Iglesia madura es una Iglesia que ama la verdad más que su imagen. Una comunidad que sabe corregirse sin destruirse, y recibir corrección sin resentirse. Un creyente maduro no es el que nunca se equivoca, sino el que responde con humildad cuando lo corrigen.

La cruz no fue solo el lugar donde Jesús murió. Es el lugar donde el “yo” debe morir cada día. Y uno de sus clavos más filosos se llama corrección. Si la evitamos, evitamos morir. Pero si la abrazamos, comenzamos a vivir de verdad. Leamos como si fuera por primera vez, las maravillosas palabras del apóstol Pablo:

***“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.”***

Gálatas 2:20



## Capítulo dos

### **EL IMPERIO EN EXPANSIÓN**

*“¿Qué de éste?” Jesús le dijo: “Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú.”*

Juan 21:21-22

Hay un veneno silencioso que contamina la vida cristiana desde adentro: la comparación, la competencia, y las pretensiones de expansión que evidencian al ego. En su inseguridad disfrazada de celo espiritual, el ego busca constantemente medirse con otros. Quiere saber si está más arriba, si es más visible, si tiene más fruto, si es más escuchado, si es más “espiritual”.

La competitividad, aunque no se diga, vive alojada en muchos corazones que, en lugar de vivir su llamado con gozo, viven comparando su camino con el de los demás. En el fondo, esta actitud revela un corazón enfocado en sí mismo, un corazón que busca expandir su imperio.

En lugar de mirar a Cristo como su estándar y meta, el alma mira al hermano como espejo. Si el otro predica mejor, se siente menos. Si el otro tiene más seguidores, se siente

olvidado. Si el otro muestra frutos visibles, se siente fracasado. La comparación comienza a sofocar el gozo del servicio, y la competitividad transforma el llamado en una carrera que nadie gana.

El apóstol Pedro vivió esta experiencia en un momento clave. Jesús acababa de restaurarlo con ternura, luego de su negación, y le había dado una poderosa encomienda: ***“Apacienta mis ovejas”***. Pero Pedro, aún con heridas frescas, no pudo evitar mirar a otro de los discípulos y, señalando a Juan, preguntó: ***“¿Y qué de éste?”*** (Juan 21:21). Jesús lo miró con cierta compasión y le respondió con firmeza: ***“Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú”*** (Juan 21:22).

Esa es la respuesta que el Espíritu sigue dando a cada corazón distraído por la comparación: ***“Sígueme tú.”*** No te compares. No te midas. No mires al costado. Tu llamado es único. Tu historia es diferente. Tu porción en el Reino no depende de lo que hagan otros, sino de tu fidelidad al diseño que Dios trazó para ti.

La competitividad espiritual da lugar a la envidia disfrazada de celo, al juicio disfrazado de discernimiento, a la crítica disfrazada de cuidado. Produce un espíritu de comparación que lleva a hablar mal de otros ministerios, a minimizar el llamado ajeno, a buscar errores en quienes prosperan, a vivir midiendo resultados en lugar de medir obediencia.

Cuando la comparación gobierna, se pierde el enfoque. En lugar de agradecer por lo que Dios hace en otros, se lo vive como una amenaza. En lugar de inspirarse, se envidia. En lugar de unir fuerzas, se compite. Y así no funciona el Reino. Eso es carne. Eso es ego defendiendo su imperio.

Pablo entendía esto con claridad. Él dijo: **“No nos comparemos unos con otros”** y también: **“Cada uno llevará su propia carga”** (Gálatas 6:4 y 5). Porque Dios no usa una regla común para todos. Él pesa los corazones. Él mide la fidelidad, no la fama. Él conoce el secreto, no solo el escenario. Y lo que hacemos en lo oculto, tal vez sin reconocimiento humano, puede tener más peso eterno que lo que otros hacen con visibilidad pública.

El problema de la comparación es que siempre distorsiona. Si nos comparamos con alguien “mejor”, nos sentiremos frustrados. Si nos comparamos con alguien “peor”, podemos llegar a volvernos arrogantes. Pero en ninguno de los dos casos estamos viendo a Cristo. Solo cuando el “yo” es crucificado, dejamos de correr carreras ajenas. Solo cuando entendemos que somos parte de un cuerpo, dejamos de competir y comenzamos a colaborar.

El Reino no es una carrera de velocidad. Es una carrera de fidelidad. Y en esa carrera no gana el que llega primero, sino el que termina con el corazón rendido. No gana el más notorio, sino el más obediente. No gana el más aplaudido, sino el que fue hallado fiel.

La competitividad espiritual revela un ego que aún no ha encontrado descanso en su identidad en Cristo, y por tal motivo pretende expandirse. Pero cuando sabemos quiénes somos en Él, dejamos de medirnos con otros. Declamamos con gozo: *“La gloria es solo para Cristo. Solo somos siervos que hacemos lo que se nos manda...”*

***“¿Has visto hombre sabio en su propia opinión? Más esperanza hay del necio que de él.”***

Proverbios 26:12

Otra de las evidencias de un ego que busca expandir su imperio es la defensa de sus propios argumentos. Hay una actitud que el ego adopta con frecuencia, sobre todo entre quienes tienen años de fe, experiencia o algún tipo de liderazgo: la autosuficiencia intelectual y espiritual.

Es el ego que se cree dueño de la verdad, que se enorgullece de su conocimiento bíblico, que desprecia las ideas ajenas y que, aunque parezca sabio, en realidad ha cerrado sus oídos a todo lo que no confirme lo que ya cree saber. Esto no implica que no tengamos una postura firme, si somos capaces de fundamentarla, pero esas defensas no deben ser inquebrantables, porque el día que erremos... ¿quién podrá corregirnos?

El ego sabelotodo carece de humildad. Se deja llevar por el impulso de hablar más de lo que escucha, de enseñar sin estar dispuesto a aprender, de corregir sin abrirse a ser corregido. Es quien responde antes de entender, quien se

impacienta con los que piensan diferente, quien se siente amenazado por alguien con una revelación fresca. Es el que, en su interior, dice: “Ya sé eso”, aunque la vida demuestre que aún no lo entiende y ni siquiera puede vivirlo.

El ego interruptor es una de sus manifestaciones más visibles. No puede esperar, no puede dejar que el otro termine una idea. Interrumpe, completa frases, corrige en medio de la oración. No porque le importe la verdad, sino porque necesita tener el control. No escucha para comprender, sino para responder. Su objetivo no es el diálogo, sino la supremacía. Busca expansión y gobierno.

Por su parte, el ego sordo, que va de la mano con los anteriores, es aquel que se ha vuelto incapaz de recibir consejo, de considerar otra perspectiva, de abrir el corazón a la voz del Espíritu a través de otros. Cree que ya ha alcanzado todo. Cree que su manera es la única manera. Se aísla tras muros de certeza, pero en el fondo es un alma que teme ser confrontada a tener que cambiar.

***La Palabra nos confronta con fuerza en esto:  
“¿Has visto hombre sabio en su propia opinión? Más  
esperanza hay del necio que de él.”***

Proverbios 26:12

No hay crecimiento posible donde no hay humildad. Y no hay humildad donde el ego se sienta en el trono del entendimiento, buscando expandirse en lugar de dimitir.

Jesús, siendo el Maestro, escuchaba, dialogaba, preguntaba. Se dejaba tocar por la fe de otros, no interrumpía con arrogancia, ni cerraba su oído al quebrantado. Su sabiduría no lo volvía inalcanzable, sino profundamente accesible. Él era la verdad encarnada (**Juan 14:6**), era la sabiduría misma (**1 Corintios 1:30**); sin embargo, nunca se comportó como un sabelotodo. ¿Cómo, entonces, podríamos nosotros justificar tal actitud?

En los ambientes de Iglesia, este tipo de ego puede disfrazarse de celo doctrinal, de supuesta madurez o de “experiencia ministerial”. Pero si no hay un corazón enseñable, todo conocimiento se convierte en orgullo disfrazado. La letra, sin el Espíritu, enaltece al yo y endurece el alma.

Cuando debo enseñar en los círculos de liderazgo, sufro más hostilidad que en las congregaciones comunes, porque los ministros generalmente creen que ya saben todo y, antes de escuchar algo diferente, ya están levantando fortalezas defensivas. Entiendo que es un mecanismo que se activa de manera automática, pero todos debemos aflojar tensiones. Al final, cuando somos gobernados por el Espíritu, nadie puede robarnos la verdad ni establecer una mentira.

Dios se revela a los humildes, no a los altivos. La sabiduría del Reino no está reservada para los que creen saberlo todo, sino para los que, como niños, tienen hambre de aprender. Cuando el ego se calla, el alma puede escuchar. Cuando el yo deja de interrumpir, el Espíritu puede hablar.

Cuando dejamos de estar a la defensiva, la Palabra penetra y transforma.

Ser enseñables no es sinónimo de ignorancia, sino de madurez. Solo los verdaderamente sabios son los que siguen aprendiendo. Solo los verdaderamente fuertes son los que se dejan corregir. Solo los que han crucificado el ego pueden decir con sinceridad: *“No sé, enséñame...”* *“Tienes razón, me equivoqué”*; *“Voy a escuchar sin responder”*; *“Voy a preguntar para aprender...”*

Derribar este tipo de ego requiere rendición constante. Hay que decidir cada día callar, escuchar, reflexionar. Hay que pedirle al Espíritu Santo un corazón nuevo, que no busque brillar por saber, sino crecer por obedecer. Hay que sentarse como discípulo antes de pretender ser maestro, porque en el Reino, el que más sabe... es el que más escucha con humildad.

***“Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes.”***  
Santiago 4:6

Si el ego fuera una ciudad, el orgullo sería su torre más alta. Una fortaleza construida con ladrillos de autosuficiencia, adornada con argumentos, reforzada con justificaciones, y coronada con la ilusión de que no se necesita a nadie. El ego orgulloso no solo quiere reconocimiento. Quiere control. Quiere dominio. Quiere sentarse en el trono del corazón y dictar sentencia sobre todo y sobre todos.

El orgullo es más que una emoción pasajera. Es una postura interior que se resiste a la gracia, porque la gracia solo fluye hacia lo bajo. La Escritura no dice que Dios ignora al orgulloso... dice que lo resiste. El cielo se vuelve una muralla para el que camina altivo, porque el orgulloso no clama, no se postra, no se quebranta, y la obra de Dios solo prospera cuando hay corazones rendidos.

El ego orgulloso se manifiesta de muchas formas: en la manera de mirar por encima del hombro, en la actitud con la que se dan órdenes, en la incapacidad de pedir perdón, en el menosprecio hacia quienes no tienen el mismo conocimiento o nivel espiritual. Es un ego que se cree con derechos. Que exige, que impone, que se siente superior.

En el fondo, el orgullo es una mentira vestida de fuerza. Esconde inseguridad, oculta temores, protege heridas no sanadas, y levanta muros para que no se vea la fragilidad interna. Pero mientras más se infla, más lejos nos lleva de Dios. Porque el corazón altivo no ora con necesidad, no depende del Espíritu Santo, no espera consejo. Se vuelve autónomo, y eso es suicidio espiritual.

Jesús nos mostró el camino opuesto. Siendo el Hijo de Dios, se despojó a sí mismo. Tomó forma de siervo, se humilló hasta lo sumo, lavó pies polvorientos, se dejó herir sin responder, calló ante el desprecio. Fue manso cuando pudo ser fuerte y fue obediente hasta la muerte. Por eso, el Padre lo exaltó hasta lo sumo (**Filipenses 2:5 al 11**). En el

Reino, la exaltación viene después de la humillación. Y nunca al revés.

El ego prepotente, en cambio, se manifiesta en el trato: en cómo se habla a los demás, en la forma de imponer decisiones, en la falta de empatía, en el uso de la posición para intimidar, en el abuso de autoridad disfrazado de liderazgo. Es una versión endurecida del yo, que busca dominar antes que servir.

Dios no puede edificar nada sobre el orgullo. Por eso, a quienes ama, primero los quebranta. No por crueldad, sino por amor. Porque sabe que la altivez es un peso que impide volar. Sabe que quien se exalta a sí mismo, tarde o temprano caerá. Y sabe que solo los humildes pueden llevar Su gloria sin contaminarla.

Hay un momento en la vida espiritual en que el Espíritu confronta directamente al ego orgulloso. No con acusación, sino con verdad. Nos muestra nuestras actitudes, nuestras palabras altivas, nuestros gestos soberbios, nuestras reacciones hirientes, y nos da la oportunidad de rendir el corazón. Porque donde hay quebranto, hay esperanza. Donde hay orgullo, solo hay ruina.

El alma orgullosa cree que perder el control es debilidad. Pero la verdadera fuerza está en rendirse a Dios. El mundo admira la prepotencia, pero el Reino honra la mansedumbre. El mundo celebra al que sube, pero el Reino

corona al que se humilla. El mundo respeta al que se impone, pero el cielo se inclina ante el que sirve.

Derribar este ego que busca expandirse no es perder identidad; por el contrario, es entrar en un Reino muy superior. Porque fuimos creados a imagen del Cordero, no del tirano. Fuimos llamados a reflejar la gloria de Cristo, no a imponer la nuestra. Fuimos destinados a ser siervos con autoridad, no amos sin compasión.

Que caiga, entonces, el imperio del ego. Que todo muro en defensa de la altivez sea derribado. Que ya no nos comparemos con nadie, sino que nos veamos en Cristo. Que ya no nos resistamos a que nos ayuden, que nos enseñen, que nos corrijan cuando sea necesario. Que todo orgullo sea puesto ante los pies de nuestro Señor... para que, desde allí, desde lo que el ego ve como lo más bajo, descubramos el lugar más alto en el cual podemos estar.

***“Humillaos delante del Señor, y él os exaltará.”***

Santiago 4:10



## Capítulo tres

# **LA FALSEDAD DEL IMPERIO DEL EGO**

*“Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia”.*

Filipenses 1:21

El ego pretende ser un actor incansable. Se sube al escenario de la vida cada mañana y, sin importar la temperatura emocional del alma, se viste con el disfraz que más aplausos asegura. Cambia de tono, de rostro y hasta de convicciones, con tal de no ser expuesto por sus males. Esto, por supuesto, no es generado desde la planificación, sino desde el inconsciente de cada ser humano, sea en mayor o menor medida.

El ego teme la autenticidad porque, si alguien llegara a conocer quiénes somos realmente, nos sentiríamos algo avergonzados. Esto no es lo que le ocurre a un enfermo emocional que necesita ayuda psicológica; es algo normal en todo ser humano.

La pecaminosidad que hizo que Adán se escondiera de Dios, y que luego se tapara con un delantal de hojas de higuera, sigue vigente en todo ser humano sin Dios. Lo lógico y normal es que, después de recibir la gracia del Señor, después de ser limpiados por Su sangre, no necesitemos hojitas para tapar nuestro verdadero yo. Los cristianos no deberíamos tener un lado oculto, pero lamentablemente es un hecho que a muchos no se les puede ver el fondo.

Cuando alguien se siente cómodo ocultando su yo, entonces terminará actuando. Sin embargo, lo que ocurre con quienes obran de esa manera es que, actuando en el teatro cotidiano del “yo” fingido, su alma se desgasta, se agota. Es decir, esto no solo produce una gran frustración con el entorno, sino que afecta la comunión que se debe cultivar con Dios.

Vivimos tiempos en los que se premia la imagen por encima del carácter. El culto al “yo ideal” se ha convertido en una forma moderna de idolatría. Las redes sociales han levantado altares a las apariencias y muchos, incluso dentro del cuerpo de Cristo, han caído de rodillas. Sin embargo, el precio de esa actuación constante es altísimo: el agotamiento del alma, el desgaste de la identidad y la fatiga de tener que mantener un personaje que no fuimos creados para ser.

Vivir para cuidar la imagen es como correr una maratón sobre una cinta de gimnasio: se produce mucha fatiga sin obtener ningún avance. El ego necesita alimentar constantemente su reputación porque no puede vivir sin la

aprobación de otros. El problema es que la imagen que algunos muestran no es siempre la verdad que habitan. Y esa dualidad los desgasta, afectando su espiritualidad.

Muchos creyentes han caído en la trampa de presentarse ante los demás como “espirituales”, “exitosos”, “estables”, mientras por dentro luchan con inseguridades, batallas emocionales y dudas de fe. Incluso muchos líderes batallan con esta situación, pero no saben cómo resolverla.

La presión de “mantener el personaje” los lleva a negar su vulnerabilidad, a esconder sus heridas, a silenciar sus crisis. Pero el Reino de Dios no se edifica con máscaras, sino con verdad (**Efesios 4:25**). La mayoría de los conflictos que se producen dentro de la Iglesia son generados por las actuaciones del ego, que, revestido de falsedad, produce mucho daño.

Es normal que estas cosas ocurran con las personas que no han recibido la gracia de la vida en Cristo, pero los hijos de la luz no deberíamos sostener oscuras realidades en el alma. Entiendo que al comenzar una nueva vida en Cristo podemos traer de arrastre un montón de complejos y temores, pero el avance de la vida en Dios debería librarnos de esas dañinas hipocresías.

El Señor no vino a salvar nuestras fachadas, sino nuestras almas. Cuando alguien se enfoca más en sostener una imagen que en cultivar una comunión real con Dios, comenzará, o continuará, viviendo para la opinión ajena. Y

eso, inevitablemente, los agotará. La imagen que proyectan quienes actúan de esa manera se convierte en un ídolo que exige sacrificios: sacrifican la paz, la honestidad, la sencillez, o incluso la comunión con Dios. Porque el que vive para impresionar a los hombres rara vez logra agradar a Dios.

Cualquiera puede vestirse elegantemente y comportarse con cierta ética, aparentando confiabilidad, pero a la misma vez puede ocultar la verdad de un alma sometida al imperio de su ego. Son ese tipo de actitudes las que producen divisiones, traiciones y deslealtades dentro de la Iglesia. Esto no debería ser así, pero siendo un ministro itinerante durante décadas, puedo asegurar que ocurre por doquier.

Jesús denunció esta actitud en los fariseos, quienes *“hacían todas sus obras para ser vistos por los hombres”* (Mateo 23:5). El ego actoral, el que vive de la ovación externa, es el que más fácilmente cae en la hipocresía. Y lo trágico es que, mientras aparentamos ser lo que no somos, perdemos la oportunidad de crecer en lo que Dios quiere que seamos.

La palabra hipócrita proviene de un vocablo griego que significa “actor” y se aplica a la persona que finge cualidades o sentimientos contrarios a los que verdaderamente tiene o experimenta. Una persona hipócrita es la que finge ser lo que no es a fin de recibir reconocimiento o ganancia. La hipocresía es el resultado del orgullo.

No toda devoción es sincera. No todo fervor es limpio. En los días de Jesús, la religión se había convertido, para muchos, en un teatro bien armado. Bajo los pliegues de las túnicas sacerdotales, no pocas veces se ocultaban corazones endurecidos, saturados de orgullo, sedientos de reconocimiento y no de redención. Lo sagrado había sido secuestrado por el ego, y lo que debía ser adoración se volvió espectáculo.

Los fariseos y escribas eran expertos en la Ley, sí... pero ignorantes de la gracia. Su conocimiento era vasto, pero su compasión escasa. Hablaban de Dios con los labios, pero sus corazones estaban lejos del Señor. Mantenían las apariencias con esmero, como quien cuida la pintura de una casa en ruinas. Sonaban las trompetas cuando daban limosna, deformaban sus rostros cuando ayunaban, alargaban sus oraciones en público... y todo para ser vistos por los hombres. No les interesaba el cielo, sino el aplauso de la tierra.

Jesús no fue indiferente ante semejante perversión espiritual. No los ignoró, ni los toleró, ni suavizó sus palabras. Los denunció con voz firme y sin temor les dijo más de una vez: ***“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!”*** (Mateo 23). No una vez, sino repetidamente. Su denuncia no era mero enojo humano, sino fuego santo que arde contra el engaño religioso. Les dijo que eran sepulcros blanqueados: hermosos por fuera, pero llenos de muerte por dentro. Les mostró su reflejo, no en espejos de oro, sino en la verdad de Dios que penetra hasta lo más profundo.

La hipocresía religiosa no es una simple debilidad: es una forma de violencia. Es el ego disfrazado de piedad. Es el ego alimentado por las formas, pero vacío de sustancia. Es servir a Dios de labios, mientras el corazón se postra ante el trono de sí mismo. El hipócrita religioso no se conforma con pecar en lo oculto: necesita mantener su fachada limpia para conservar su poder. Y así, lo sagrado se vuelve utilitario, y lo espiritual se transforma en una herramienta de manipulación.

Jesús no solo confrontó sus palabras, sino sus intenciones. Mientras ellos se ufanaban de su pureza ritual, Él se inclinaba a tocar al leproso. Mientras ellos discutían sobre la ley del sábado, Él restauraba manos secas y corazones quebrantados. Ellos no soportaban su gracia, porque la gracia desenmascara el orgullo y nivela a todos ante la cruz. No podían aceptar que el Dios Santo prefiriera habitar en la casa de un publicano arrepentido antes que en sus templos relucientes, donde el imperio del ego desarrollaba toda su autoridad.

La religión de los hipócritas siempre busca mantener el control. No soporta el quebrantamiento, no tolera la autenticidad. Prefiere la fachada antes que el arrepentimiento, el rito antes que la comunión, la letra antes que el Espíritu. Y, en su soberbia, crucifica todo lo que no encaja en su molde. Por eso crucificaron al Maestro. No por tener alguna prueba contra él, sino por exceso de orgullo. Porque el Reino que Jesús predicaba no tenía lugar para el ego entronizado, ni para los corazones que se endurecen detrás de una sonrisa piadosa.

Pero el fuego de su verdad sigue ardiendo. Sigue llamando a las máscaras a caer, a las fachadas a desmoronarse, a los hombres a rendirse. Porque el verdadero Reino no se levanta con títulos, ni con apariencias, ni con discursos vacíos. El Reino de Dios se edifica con humildes que lloran su pecado, con sinceros que anhelan la pureza del corazón, con quebrantados que dejan sus vestiduras de orgullo a los pies de la cruz. No hay lugar para nuestro ego.

La religión falsa aún vive. Tiene nuevas formas, nuevas frases, nuevas plataformas. Pero el ego, como siempre, busca tronos donde sentarse. Por eso, cada generación necesita volver a la voz del Nazareno que dijo: ***“El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido”*** (Mateo 23:12). Esa es la piedra angular sobre la que se edifica una fe verdadera: no en uno mismo, sino en Cristo, el Cordero manso que venció al orgullo con la cruz.

El alma se fatiga pero no se rinde cuando cada conversación, cada oración en público, cada gesto en la iglesia debe pasar por el filtro de la estrategia de imagen. Pero Dios no nos llamó a interpretar papeles, sino a vivir en la verdad. El verdadero descanso comienza cuando dejamos de “parecer” y comenzamos a ser.

Nada desgasta tanto como la incoherencia interna. Cuando la mente va por un lado, el corazón por otro, y las palabras en una dirección distinta, el alma colapsa. No fuimos regenerados en Cristo para vivir fragmentados. La falta de autenticidad no solo es una deshonra espiritual,

también es un veneno emocional. La vida se vuelve una actuación interminable, donde ni siquiera en la intimidad nos sentimos libres de quitarnos la máscara.

El rey David lo expresó de forma estremecedora en el **Salmo 32:3 y 4**, cuando habló de cómo su alma se secaba mientras callaba su pecado: *“Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano”*. El silencio, la negación, la falta de autenticidad lo estaban consumiendo. Solo cuando reconoció su verdad, vino el alivio: *“Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad”* (Salmo 32:5). Solo entonces recuperó su verdor.

El ego teme al quebranto, pero el quebranto es el principio de la sanidad. El ego evita la verdad, pero solo la verdad nos hace libres. Muchos cristianos se sienten agotados no porque hagan demasiado, sino porque viven desconectados de quienes realmente son en Cristo. Viven tratando de probar algo, de alcanzar algo, de defender una reputación, de mantener un nombre. Sin embargo, Dios no nos pide perfección externa, sino integridad del corazón.

Ser auténticos no significa mostrar nuestras debilidades como trofeos, sino dejar que la luz de Cristo brille en medio de nuestra vulnerabilidad. Significa que ya no tenemos que actuar para ser amados, porque sabemos que somos aceptados en el Amado. No tenemos que fingir fuerza, porque el poder de Dios se perfecciona en nuestra debilidad

**(2 Corintios 12:9).** No tenemos que convencer a nadie, porque nuestra identidad está segura en Aquel que nos llamó por amor.

Vivir sin autenticidad es vivir sin oxígeno espiritual. El alma se ahoga cuando no puede ser honesta. Pero cuando nos atrevemos a abrir el corazón delante de Dios, y también delante de otros creyentes maduros y confiables, comienza la verdadera libertad. No hay descanso mayor que dejar de actuar.

El agotamiento del ego es una epidemia silenciosa en la Iglesia. Muchos están exhaustos, no por causa del servicio, sino por causa de su actuación. Se han convertido en expertos en parecer piadosos, pero han perdido la alegría de ser simplemente hijos. El alma no fue diseñada para vivir interpretando un papel, sino para ser transformada a imagen de Cristo.

La restauración comienza cuando nos detenemos. Cuando dejamos de actuar. Cuando soltamos la necesidad de impresionar y abrazamos la verdad de quienes somos: necesitados de gracia, redimidos por amor, llamados a caminar en la luz. El Señor no unge máscaras, unge corazones quebrantados. No llena actores, llena vasos dispuestos.

***“El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada***

***indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor;  
no se goza de la injusticia, más se goza de la verdad.”***

1 Corintios 13:4 al 6

Cuando la religiosidad entra en la vida de un hijo de Dios, todo puede pasar. El imperio del ego pretende expandirse cabalgando. No avanza por sí mismo, sino que pretende ir montado sobre los demás. Hace de las personas vehículos para sus propios fines. Usa vínculos como trampolines, relaciones como recursos y corazones como escaleras. El imperio del ego no sabe amar, solo sabe servirse a sí mismo. No conoce la ternura, solo la estrategia. No honra a nadie, pero exige honra. No construye relaciones, las explota.

Cuando este tipo de ego se encumbra no siempre es fácil de detectar, porque suele venir disfrazado de liderazgo, de cuidado, de preocupación. Puede habitar en pastores, líderes, padres, amigos, esposos. Se manifiesta cuando las personas dejan de ser fines en sí mismas y se convierten en medios para el engrandecimiento del “yo”. Es el ego que manipula, que controla, que calcula. El que no entrega, sino que exige. El que se pone por encima, en lugar de caminar al lado.

Dios jamás nos diseñó para usar a los demás. Nos creó para amarlos. Y el amor, según la definición más pura y santa que encontramos en la Escritura, es que “no busca lo suyo” (1 Corintios 13:5). Por eso, donde hay manipulación, hay ausencia de amor. Donde hay control, hay carencia de Cristo.

El imperio del ego no tiene espacio en el Reino, porque el Reino no se edifica gobernando personas, sino sirviéndolas.

La manipulación es el arte sutil, y a veces inconsciente, de usar a otro para obtener un beneficio personal. A menudo se ejerce a través de la culpa, el miedo o la adulación. El ego manipulador puede vestirse de víctima para despertar lástima, de héroe para inspirar dependencia, o de maestro para imponer su voluntad. Pero en todos los casos, su motivación no es el bienestar del otro, sino la preservación del propio imperio.

En contextos cristianos, el ego puede revestirse de lenguaje espiritual: “Dios me dijo que tenés que hacer esto”, “Si no me seguís, estás desobedeciendo al Señor”, “Si te alejás de mí, estás saliendo de la cobertura que Dios te asignó”. Frases como estas han generado esclavitud emocional y dependencia enfermiza en muchos creyentes sinceros que, en lugar de ser edificados, fueron sometidos.

El control emocional también se manifiesta cuando se retiene afecto, atención o compañía como forma de castigo o presión. Es el ego que dice: “Si no hacés lo que quiero, me alejo”; “Si no respondés como espero, me cierro”. Así, se construye una dinámica relacional basada en el miedo, no en el amor. Y donde hay temor, el amor no ha sido perfeccionado (**1 Juan 4:18**).

En las relaciones familiares, este ego se manifiesta en padres que controlan la vida de sus hijos adultos, en cónyuges

que usan la culpa para dominar, en amistades que se tornan tóxicas por su excesiva demanda emocional. En todos estos casos, lo que debería ser comunión se convierte en prisión. Y lo más doloroso es que muchas veces quienes controlan creen que están “amando”. Pero el amor nunca obliga, no empuja, no presiona. El amor siempre nos hace libres.

Pablo, al describir el amor de Dios en su carta a los Corintios, nos da una de las claves más poderosas para derribar el imperio del ego: *“el amor no busca lo suyo” (1 Corintios 13:5)*. Esta frase corta es un martillo que golpea con fuerza el corazón egoísta, porque el ego siempre busca lo suyo. Quiere ser servido, comprendido, atendido, celebrado. El amor, en cambio, busca el bien del otro, aun a costa del propio beneficio.

Este principio se encarnó de forma perfecta en Jesús. Si alguien tenía derecho a ser servido, era Él. Sin embargo, tomó la toalla y lavó los pies de sus discípulos (**Juan 13**). Si alguien podía exigir sumisión, era Él. Sin embargo, murió por sus enemigos. Si alguien podía montar un caballo de guerra y exigir reverencia, era Él. Sin embargo, entró en Jerusalén montado en un asno, como Príncipe de Paz. Jesús no cabalgó sobre personas. Jesús era Rey, sin embargo caminó entre los hombres, los miró a los ojos, se agachó para levantarlos y no para imponerse a ellos.

El amor verdadero no busca provecho, busca entrega. No se relaciona para obtener, sino para dar. No establece vínculos por necesidad, sino por compasión. Y esto solo

puede nacer en un corazón libre del ego. Porque mientras el “yo” sea el centro, las personas serán objetos. Solo cuando Cristo ocupa el trono, los demás vuelven a ser hermanos.

Una Iglesia marcada por el imperio del ego termina reproduciendo relaciones rotas, jerarquías humanas enfermizas y líderes que cabalgan sobre los lomos del pueblo. Pero una Iglesia guiada por el amor de Cristo produce vínculos de servicio mutuo, honra, humildad y libertad. Donde reina el Espíritu del Señor, allí hay libertad (**2 Corintios 3:17**).

El imperio del ego no conoce la ternura, solo el poder. No sabe cómo servir, solo cómo gobernar el derecho de los otros. Pero ese imperio está destinado a caer, porque el Reino de Dios no se establece con estrategias manipuladoras, sino con verdad y humildad. Si en verdad deseamos ser la Iglesia gloriosa que Dios pretende para los tiempos finales, debemos renunciar a toda pretensión de nuestro ego.

Dios está levantando una generación de creyentes libres, que ya no buscan usar a otros para su gloria personal, sino amar como Cristo amó. Que ya no construyen relaciones para su conveniencia, sino para edificar. Que ya no buscan controlar, sino liberar. Porque solo cuando el ego es derribado, el amor puede ser levantado.



## Capítulo cuatro

# **EL DAÑO QUE PRODUCE EL IMPERIO DEL EGO**

*“Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu.”*

Gálatas 5:24 y 25

El ego no sabe convivir. Es un huésped ruidoso que, tarde o temprano, termina arruinando cualquier relación sana. Donde el ego gobierna, los vínculos se deterioran, el amor se enfría, la empatía desaparece y la comunión se vuelve superficial o conflictiva. Las relaciones, lejos de ser un espacio de vida, se transforman en campos de tensión, competencias silenciosas o canales para alimentar necesidades emocionales desordenadas.

El ego daña porque no sabe ceder. No perdona fácilmente, no escucha de verdad, no se pone en el lugar del otro. Siempre cree tener la razón, exige comprensión, pero no la brinda; quiere ser considerado, pero rara vez considera. Las personas dominadas por el ego terminan aisladas

emocionalmente, incluso rodeadas de gente. Su alma se encierra tras muros invisibles de orgullo, miedo o autosuficiencia. No logran establecer vínculos profundos, y su soledad, aunque negada, se vuelve cada vez más dolorosa... a menos que hayan logrado gobernar a quienes los rodean.

En el Reino de Dios, las relaciones no son un accesorio, sino una prioridad. Desde el principio, Dios dijo: ***“No es bueno que el hombre esté solo”*** (Génesis 2:18), y esa afirmación no solo habla del matrimonio, sino de la esencia misma de nuestra humanidad. Fuimos creados para la comunión. Pero el ego, centrado en sí mismo, interrumpe ese diseño y quebranta los lazos, pretendiendo gobierno y atención.

La raíz de muchas relaciones dañadas es el egoísmo. No siempre un egoísmo grosero, sino uno sutil, cotidiano, camuflado. Ese impulso interno que nos lleva a pensar primero en nosotros, a defender nuestras opiniones sin escuchar, a querer ganar cada discusión, a proteger nuestro orgullo a toda costa.

El egoísmo impide el diálogo honesto. Transforma los desacuerdos en guerras, las diferencias en amenazas, y los errores del otro en afrentas personales. Cuando el ego toma el control, incluso los vínculos más cercanos, matrimonios, amistades, relaciones entre hermanos en la fe, pueden convertirse en zonas de combate emocional.

La falta de empatía, por su parte, es la incapacidad de ponerse en el lugar del otro, de sentir con él. Es un corazón endurecido que ya no se conmueve por el dolor ajeno, que solo sabe mirar desde su propio punto de vista. Pero Cristo nos llama a llorar con los que lloran y a gozarnos con los que se gozan (**Romanos 12:15**). El amor bíblico no es indiferente ni selectivo, es empático y solidario.

Cuando el ego predomina, las relaciones sufren en silencio. Nadie lo dice en voz alta, pero se sienten las distancias. Se habla, pero no se conecta. Se convive, pero no se comparte el alma. Se saluda en la iglesia, pero no se sana en comunidad. Y poco a poco, el alma se va aislando aun en medio de la presencia de todos. Porque gobernar a los demás no es comunión verdadera.

Después de destruir vínculos con su orgullo, el imperio del ego se encierra en sí mismo para no volver a ser confrontado, corregido ni vulnerado. Así, el corazón se endurece, la concurrida soledad se normaliza y el egocéntrico deja de crecer porque cree saberlo todo y que nadie puede corregirlo. Por el contrario, él cree tener esa capacidad.

El apóstol Pablo, al contrastar las obras de la carne con el fruto del Espíritu, nos da una clave esencial: las verdaderas relaciones cristianas solo pueden mantenerse saludables si están marcadas por la presencia del Espíritu de Dios. Y el fruto del Espíritu no es un simple adorno moral, es la evidencia de una vida libre del imperio del ego y rendida totalmente a Cristo.

***“Más el fruto del Espíritu es: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza...” (Gálatas 5:22 y 23).*** Cada una de estas virtudes es una herramienta para la construcción de relaciones sanas. No se trata de talentos humanos, sino de expresiones divinas que brotan cuando el imperio del ego es derribado y Cristo gobierna.

El amor edifica puentes. La paciencia sostiene cuando el otro falla. La mansedumbre baja las defensas. La templanza evita reacciones destructivas. Cuando el Espíritu obra, el ego calla. Y cuando el ego calla, la comunión florece. La verdadera unidad no es producto de acuerdos humanos, sino del Espíritu obrando en medio de corazones quebrantados.

Una iglesia llena del Espíritu es una comunidad de relaciones restauradas. No perfecta, pero sí honesta. No sin conflictos, pero sí con disposición a sanar. Donde el ego ha sido derribado, el perdón fluye, la corrección se acepta con humildad, y el amor no es una emoción fluctuante, sino una decisión constante.

Cuando el imperio del ego no es derribado, puede predicar, puede trabajar, puede brillar, pero no puede amar. Y sin amor, nada de lo que hacemos tiene valor eterno (**1 Corintios 13:1 al 3**). El colapso del ego en nuestras relaciones no es una tragedia, es una necesidad. Porque solo cuando el “yo” deja de ser el centro, los demás pueden tener un lugar en nuestro corazón.

Si se encuentran en medio de relaciones rotas, si sienten el peso del aislamiento o la frialdad emocional, por favor, examinen si el imperio del ego no ha construido muros donde Dios quería levantar puentes. Y si es así, no teman reconocerlo, porque ese es el camino por el cual el poder del Espíritu Santo se hace presente y opera, afirmando el gobierno de Cristo en nuestro corazón.

El Espíritu Santo está dispuesto a regenerar nuestros vínculos, a restaurar nuestra capacidad de amar, de conectar, de sanar. Pero para eso, el imperio del ego debe ser derribado. Solo cuando dejamos de defender nuestro orgullo, comenzamos a proteger lo que realmente importa: las personas que Dios nos ha confiado, en la familia y en la Iglesia.

El ego tiene una forma muy sutil de disfrazarse de compromiso, de excelencia, de pasión por la obra. Pero cuando gobierna, el resultado no es edificación, sino división; no es servicio, sino control. En el ámbito del trabajo, sea secular o ministerial, y especialmente en el servicio cristiano, el ego puede convertirse en uno de los obstáculos más graves para la unidad, la cooperación y el verdadero liderazgo espiritual.

Mientras muchos creen estar sirviendo a Dios, en realidad están alimentando su necesidad de reconocimiento. Mientras dicen trabajar por el Reino, muchas veces están construyendo su pequeña torre de Babel personal. El ego se infiltra en el púlpito, en el liderazgo, en las reuniones

ministeriales y en los equipos de servicio. Y cuando lo hace, en lugar de multiplicar esfuerzos, los divide y provoca daños. En lugar de fortalecer la misión, la contamina.

Dios no nos llamó a ser estrellas solitarias, sino miembros de un cuerpo. Pero el imperio del ego no soporta esa realidad. Quiere el centro, no el cuerpo. Quiere liderar, pero no rendir cuentas. Quiere influencia, pero no sujeción. Y así, en vez de fortalecer el trabajo colectivo, lo frena. Porque ningún equipo puede avanzar sano si uno de sus miembros cree que es más importante que los demás.

Una de las señales más claras de que el ego está en control, es la dificultad para trabajar en equipo. El ego quiere que todo pase por sus manos, no sabe delegar, desconfía de los demás, se molesta cuando no es consultado o cuando alguien más es reconocido. La colaboración le resulta una amenaza, no una oportunidad. Y aunque diga que quiere sumar, en realidad quiere controlar.

La Palabra nos enseña que el Reino de Dios no se edifica con esfuerzos individuales, sino con cooperación. Pablo, el gran apóstol, reconocía la labor de sus colaboradores: Timoteo, Silas, Priscila, Aquila, Epafrodito, entre tantos otros. Nunca se creyó autosuficiente. Entendía que su ministerio florecía por la gracia de Dios y por la comunión de los santos. Por eso escribió: **“Somos colaboradores de Dios” (1 Corintios 3:9)**. No competidores. No rivales. No figuras destacadas. Colaboradores.

Pero el ego impide esa mentalidad. Porque para colaborar hay que ceder, compartir, reconocer que no todo gira en torno a uno. Y el ego no quiere ceder. Prefiere rodearse de personas que digan que sí, en lugar de personas que piensen con madurez. Prefiere empleados obedientes antes que hermanos con criterio. Y así, los equipos se vuelven frágiles, falsos y finalmente disfuncionales.

En muchos ministerios donde el ego ha sido entronizado, reina el cansancio. No por exceso de trabajo, sino por falta de armonía. El trabajo que debería ser un gozo se vuelve un peso porque no hay libertad para aportar ni alegría en compartir. Todo está teñido de tensión, de competencia, de presiones innecesarias. Y el Espíritu Santo, que habita en la unidad, se entristece.

No hay liderazgo espiritual sin humildad. El verdadero líder es siervo. Jesús no enseñó el liderazgo desde un trono humano, sino desde la cruz. Sin embargo, en la Iglesia de hoy, muchas veces se confunde liderazgo con dominio y autoridad con imposición. Cuando el imperio del ego se apodera del liderazgo, se convierte en un peligro silencioso: se vuelve autoritario, cerrado y resistente a la corrección.

Un líder gobernado por el ego se convierte en un punto de estrangulamiento para el avance del cuerpo. No permite que otros crezcan porque teme perder protagonismo. No capacita porque teme que lo superen. No consulta porque cree que siempre tiene la razón. Pero el liderazgo sano, el que

viene de Dios, no teme ser opacado, porque sabe que la luz verdadera es Cristo, no el propio brillo.

Pablo escribió a los filipenses: *“Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo”* (Filipenses 2:3). Ese es el espíritu que mantiene sano al liderazgo. No una falsa humildad que se autocastiga, sino una humildad activa que honra a los demás, que se deja ayudar, que se goza en el éxito ajeno.

Un líder sano celebra cuando otros florecen. Se regocija cuando alguien lo supera. Da lugar, abre puertas y sabe cuándo retirarse. Pero el imperio del ego nunca quiere soltar. Quiere quedarse más allá del tiempo de Dios, quiere aferrarse al puesto, quiere ser indispensable. Y así, en lugar de levantar una nueva generación, la termina aplastando.

En la obra de Dios, el ego no puede ser el motor. Si lo es, tarde o temprano se desgastará, se derrumbará y contaminará todo a su paso. Pero si el liderazgo nace del amor a Cristo y al prójimo, entonces producirá vida, madurez y un legado perdurable.

El servicio cristiano no es un escenario para demostrar cuán capacitados somos, sino un altar donde se ofrece nuestra vida en sacrificio vivo, santo y agradable a Dios (**Romanos 12:1**). Cuando el ego toma el lugar del sacrificio, la adoración se convierte en espectáculo y el ministerio en plataforma de promoción personal.

Dios no respalda ministerios contruidos sobre la exaltación del “yo”. Él honra a los que sirven en silencio, a los que trabajan en equipo, a los que renuncian a ser vistos para que Cristo sea glorificado. Porque en el Reino, el verdadero éxito no es sobresalir, sino permanecer fiel. No es destacarse, sino edificar.

Si se dan cuenta de que el imperio del ego les ha impedido trabajar con otros, si les ha llevado a controlar en lugar de formar, si ha contaminado el servicio con orgullo, no es tarde para volver a empezar. Dios no está buscando líderes perfectos, sino siervos quebrantados. No busca estructuras de poder, sino corazones disponibles.

El mayor obstáculo para un liderazgo sano no es la falta de recursos ni la ausencia de dones. Es la presencia no crucificada del “yo”. Por lo tanto, si hoy deciden rendir todo gobierno personal, Dios puede restaurar el llamado, renovar los vínculos y levantar un equipo de verdadero afecto. Hermanos que los ayudarán a servir al Señor conforme a los diseños del Reino, no a los del imperio del ego.

***“Pero entre ustedes no debe ser así. Más bien, aquel de ustedes que quiera hacerse grande será su servidor; y aquel de ustedes que quiera ser el primero, será su esclavo. Imiten al Hijo del Hombre, que no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos.”***

Mateo 20:26 al 28

## Capítulo cinco

# **LA PARADOJA DEL IMPERIO DEL EGO**

*Sabes lo que hago y lo que no hago;*

*¡No hay nada que no sepas!*

*Todavía no he dicho nada, y tú ya sabes qué diré.*

*Me tienes rodeado por completo; ¡estoy bajo tu control!*

*¡Yo no alcanzo a comprender tu admirable conocimiento!*

*¡Queda fuera de mi alcance! ¡Jamás podría yo alejarme*

*de tu espíritu, o pretender huir de ti!*

Salmo 139:3 al 7 BLS

El imperio del ego promete plenitud, pero entrega solo vacío. Promete seguridad, pero deja ansiedad. Promete identidad, pero la condiciona a la opinión ajena, al rendimiento y al reconocimiento. Y cuando ese reconocimiento no llega, o cuando llega pero no sacia, el alma se desploma. Entonces, entre los cristianos, surge una de las paradojas más absurdas de la vida centrada en el ego: cuanto más alguien intenta exaltarse a sí mismo, más vacío se siente.

El ego no solo es orgulloso, también es frágil. Aunque se muestra altivo, internamente es inseguro. Aunque parece fuerte, necesita constantes pruebas de que vale, de que es amado, de que es suficiente. Vive alimentándose de la aprobación externa y, cuando esa fuente se seca, queda expuesto en su verdadera condición: un yo inflado que se desinfla al menor golpe, pasando de la exaltación a la depresión o, muchas veces, al enojo.

Esta paradoja es dolorosa: quien vive para sostener su ego termina enfrentando una baja autoestima aún más severa. Porque el alma, cuando no es gobernada por Cristo, nunca encuentra descanso. Cuando el ego cae, no queda nada firme a qué aferrarse... a menos que haya sido reemplazado por una identidad construida sobre la Roca que es Cristo.

El ego es como un globo inflado con aire: vistoso, aparentemente elevado... pero completamente hueco por dentro. Basta un pequeño pinchazo, una crítica inesperada, un fracaso público, una traición, una pérdida, para que ese globo se desinfla y caiga. Entonces, lo que parecía fuerte se revela frágil. Lo que parecía sólido se desmorona. Y el alma, desconcertada, se enfrenta a un abismo preguntándose: ¿Quién soy si no soy lo que he construido para mostrar?

Muchas personas viven este colapso en silencio. Por fuera siguen sonriendo, pero por dentro atraviesan una crisis profunda de identidad. El ego les había dicho que valían por su éxito, por sus logros, por su belleza, por su intelecto, por su liderazgo... y cuando alguna de esas cosas falla o deja de

ser aplaudida, sienten que no valen nada. El alma cae en una insatisfacción crónica que ni los aplausos, ni los bienes, ni los títulos logran aplacar.

La insatisfacción es el susurro constante del alma que no ha encontrado su hogar en Dios. Es la sed que no se apaga con logros. Es la carencia de sentido que ni el más brillante currículum puede llenar. Y es justamente ahí donde Dios, en su gracia, puede comenzar una verdadera reconstrucción. Pero primero, el imperio del ego debe ser derribado.

El salmista Asaf describe con sinceridad la crisis de un hombre justo al contemplar la prosperidad de los soberbios. Llega un momento en que dice: ***“En vano he limpiado mi corazón” (Salmo 73:13)***. Su alma estaba turbada, frustrada, confundida, insatisfecha. Pero algo sucede cuando entra en el santuario de Dios. Allí comprende. Y allí declara una de las verdades más hermosas de la Palabra: ***“¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti, nada deseo en la tierra” (Salmo 73:25)***.

Solo cuando Dios ocupa el lugar central, el alma encuentra descanso. Solo cuando el imperio del ego es derribado, Cristo puede reinar en el interior. Y cuando Él reina, la insatisfacción se transforma en plenitud, aun en medio de las circunstancias más adversas.

La cultura del rendimiento ha contaminado también la vida espiritual. Se nos ha enseñado, implícita o explícitamente, que somos valiosos en la medida en que

producimos, que somos aceptables si servimos, si somos útiles, si “damos frutos”. Pero la verdad del Evangelio va mucho más allá: no somos amados por lo que hacemos, sino por lo que somos en Él.

Nuestra identidad no está en los resultados, sino en la redención. No está en cuántas personas nos siguen, sino en quién nos salvó. No está en nuestras obras, sino en la obra consumada de Cristo en la cruz. Allí, en ese lugar de entrega total, se define nuestra verdadera estima. Allí el valor no se mide por rendimientos, sino por sangre derramada.

**Efesios 1:4 y 5** declara con contundencia que fuimos escogidos *“antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo”*. No se trata de méritos. Se trata de gracia. Fuimos amados antes de ser útiles. Fuimos llamados antes de tener títulos. Somos hijos, no empleados del Reino.

Una identidad basada en Cristo no se tambalea ante el rechazo. No se hunde ante el fracaso. No se infla con el elogio. Porque ha sido anclada en una verdad que no cambia: *“Somos amados por Dios, comprados por precio, sellados con el Espíritu Santo, y aceptados en el Amado”* (Efesios 1:6, 13).

La autoestima real no se construye diciendo “yo puedo”, sino reconociendo: *“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”* (Filipenses 4:13). No se trata de pensar mejor

de uno mismo, sino de pensar menos en uno mismo y más en Aquel que nos dio nueva vida. El ego quiere ser el protagonista; Cristo quiere ser nuestro fundamento.

La paradoja del ego es esta: mientras más buscamos exaltarnos, más caemos. Mientras más nos miramos, más nos vaciamos. Mientras más dependemos del rendimiento para sentirnos valiosos, más fácilmente nos quebramos cuando no damos la talla. El imperio del ego nunca podrá darnos seguridad, porque es un gobierno basado en una identidad prestada, inestable, y solo sostenida por apariencias.

Pero cuando el imperio del ego es derribado, Cristo puede levantarnos. Y al hacerlo, no nos entrega una estima basada en lo que hicimos, sino en lo que Él hizo. Nos muestra que no necesitamos probar nada para ser amados. Nos revela que no hay éxito más grande que ser conocidos por el Padre. Y nos invita a dejar de correr tras logros para descansar en Su gracia.

Otra paradoja del imperio del ego es que pretende tener sabiduría ante quienes gobierna, pero la verdad es que de los asuntos del Reino de Dios nada puede entender, porque lo espiritual debe ser entendido espiritualmente (**1 Corintios 2:14**). El que cree que ya sabe todo, no avanza, y ese es el gran problema del ego engañado.

El ego detesta aprender. No porque el conocimiento le parezca inútil, sino porque aprender implica reconocer que no se sabe. Y eso, para el ego, es intolerable. El aprendizaje

exige humildad, apertura, disposición a ser corregido y voluntad de cambiar. Pero el ego, que se alimenta de la ilusión de superioridad, se cierra ante toda corrección. Prefiere quedarse estancado antes que admitir que debe madurar.

Cuando fui un joven evangelista, tuve un pastor con quien trataba de hablar sobre aquellas cosas que veía en la Biblia y que me parecían romper ciertos paradigmas. Lo curioso era que él tenía gran apertura para hablar, pero cuando escuchaba algo diferente, solía decirme: *“Si es como vos decís, rompemos la Biblia y listo...”* Esto me parecía bastante agresivo, porque lo decía con gran ironía.

Con el tiempo comprendí que a él no le gustaba que le enseñaran nada nuevo, y aunque era un hombre que amaba a Dios y deseaba hacer su voluntad, no aceptaba fácilmente que alguien pretendiera tocar aquellas estructuras con las cuales se sentía cómodo. Entonces, opté por cambiar mi estrategia de diálogo y le compartía las mismas cosas como si se las estuviera preguntando, no enseñando. Entonces noté que las aceptaba con gusto.

En la Iglesia hay muchos ministros bien intencionados, con corazones honestamente enamorados de Dios, pero si el imperio del ego está operando en sus almas, se vuelven orgullosos del conocimiento que tienen y dejan de ser receptivos a toda nueva impartición. Reitero: aman a Dios, pero también retienen demasiado amor para sí mismos.

En el Reino de Dios, crecer es sinónimo de transformación. Y la transformación siempre comienza con un corazón enseñable. Por eso, una de las señales más tristes del colapso del ego es cuando el alma deja de avanzar porque ya no se deja moldear. Es el creyente que ya “lo sabe todo”, que no escucha, que no se expone, que no se deja discipular. Es el líder que no rinde cuentas, el hermano que no recibe exhortación, el joven que desprecia el consejo.

Sin embargo, el Reino no se hereda por experiencia acumulada, sino por dependencia renovada. Y en esa dependencia, el alma se vuelve humilde, sedienta, dispuesta a aprender incluso de los más pequeños. Pero el ego no quiere ser discípulo... quiere ser maestro. Y si no muere, lo único que hará será impedir el crecimiento.

Una mente cerrada es una trampa para el alma. Cuando alguien cree que ya no necesita aprender, ha comenzado a morir por dentro. La sabiduría bíblica no consiste en tener muchas respuestas, sino en mantener un corazón que siempre busca más de Dios. Salomón lo expresó con claridad: ***“El sabio oirá y aumentará el saber, y el entendido adquirirá consejo”*** (Proverbios 1:5). Pero el ego se opone a esta actitud.

Quien vive dominado por el ego espiritual se convierte en juez de todo y aprendiz de nada. Escucha para refutar, no para recibir. Lee para confirmar lo que ya piensa, no para ser desafiado. Y cuando alguien lo confronta, se justifica, se

endurece o se ofende. Así, lentamente, deja de crecer. Porque no hay transformación posible sin apertura al cambio.

En el ámbito ministerial, esto es especialmente grave. Muchos líderes, después de años de servicio, sienten que ya no necesitan que nadie les enseñe. Se convierten en islas, en autoridades intocables. Pero Dios no unge el orgullo, unge la humildad. Y muchas veces la frescura del Espíritu deja de fluir, no por falta de experiencia, sino por exceso de suficiencia.

Un corazón enseñable no es signo de inmadurez, sino de madurez espiritual. Los grandes hombres de Dios fueron moldeables. Moisés, llamado *“el más manso de todos los hombres sobre la tierra”* (Números 12:3), se dejó aconsejar por su suegro Jetro. David, a pesar de ser rey, escuchó a profetas y se arrepintió cuando fue confrontado. Pablo, aunque apóstol, reconoció la necesidad de ir a Jerusalén y someter su mensaje al discernimiento de otros (Gálatas 2:2). La pregunta es: ¿Y nosotros qué?

El ego que cree saberlo todo es como un odre viejo, incapaz de recibir el vino nuevo del Espíritu (Mateo 9:17). Pero Dios no puede llenar lo que no se abre. Y no puede renovar lo que se cree completo. El crecimiento espiritual comienza con la confesión humilde: *“Señor, enséñame...”* Sin esa actitud, no hay madurez, solo religión.

El discipulado no es solo asistir a reuniones o estudiar la Biblia. Es un camino diario de negación del yo, una

rendición constante del ego para que Cristo crezca en nosotros. Jesús no dejó lugar a dudas, por eso reitero este doloroso pero efectivo versículo:

***“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame”***

Lucas 9:23

Ese “negarse a sí mismo” no es despreciarse, sino renunciar a la idea de que el yo tiene el control. Es entregarse al proceso de ser formado por el Maestro, incluso cuando duela, incluso cuando confronte. El discipulado nos rompe para reconstruirnos, nos vacía para llenarnos de Cristo. Pero el ego resiste. El ego no quiere morir. Quiere seguir siendo el protagonista, incluso de su propio crecimiento espiritual.

Muchos creyentes buscan madurar sin rendirse. Quieren sabiduría sin corrección, autoridad sin obediencia, fruto sin poda. Pero eso no existe. El verdadero discipulado no te lleva a ser alguien “más grande”, sino alguien más parecido a Jesús. Y eso solo ocurre cuando el ego se somete, cuando el alma se postra, cuando la voluntad propia es crucificada.

Un corazón discipulado es un corazón enseñable, moldeable, humilde, dispuesto a ser guiado. No porque sea débil, sino porque reconoce que fuera de Cristo nada puede hacer (**Juan 15:5**). Y esa dependencia no lo hace menos, lo hace verdadero hijo. Porque en el Reino, los más grandes son los que más se dejan formar.

El imperio del ego se resiste a aprender, dice ser soberano y libre, pero con su actitud solo construye su propia cárcel. Se encierra en una torre de autosuficiencia, rodeado de sus propias ideas, alejado de toda corrección. Pero esa torre, tarde o temprano, se derrumba. Porque en el Reino, crecer significa humillarse, avanzar significa rendirse, madurar significa depender.

No hay discipulado sin muerte al yo. Y no hay madurez sin enseñabilidad. Por eso, si alguien siente que se ha estancado, si asume que no escucha con apertura, si rechaza el consejo endureciendo su postura, quizás no es que no esté creciendo... quizás es que el imperio del ego está dominando su alma. Pero aún hoy, Dios llama. Aún hoy, el Espíritu susurra: “Vengan, síganme... y déjense formar por mi Espíritu...”

El crecimiento espiritual no ocurre en el imperio del ego, sino en el taller del Alfarero. Allí, el alma se quiebra para ser rediseñada. Allí, los odres viejos se reemplazan por odres nuevos. Allí, la enseñanza no es una amenaza, sino una bendición. Porque el verdadero discípulo no teme aprender, sino que siente una humilde insatisfacción por parecerse cada día más a Cristo.

***“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y***

*extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.”*

Filipenses 3:12 al 14



## Capítulo seis

# **DERRIBANDO EL IMPERIO DEL EGO**

*"Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo,  
más vive Cristo en mí..."*

Gálatas 2:20

Morir no es un destino trágico en el Reino de Dios, sino el umbral glorioso hacia la verdadera vida espiritual. En una cultura que idolatra el ego, exalta la autoafirmación y hace del “yo” su bandera, el evangelio nos llama a un diseño radicalmente diferente: morir para vivir, perder para ganar, rendirse para reinar.

El apóstol Pablo no habla desde la teoría cuando afirma: *“ya no vivo yo...”* Sus palabras nacen de una experiencia concreta, ardiente, irreversible. Pablo fue derribado del caballo de su autosuficiencia para levantarse en el camino de la cruz. Lo que murió aquel día no fue solo un fariseo, sino el imperio de un ego religioso que lo separaba de la gracia.

La cruz no es un adorno ni un concepto teológico: es una sentencia de muerte para el viejo hombre. En ella, Cristo no solo llevó nuestros pecados, sino que cargó con ese yo orgulloso que busca control, aprobación y protagonismo. El verdadero discipulado implica caminar en la revelación de esa cruz. No se trata de una cruz ocasional, sino diaria. El ego no muere sin resistirse. Grita, se defiende, disfraza su orgullo de falsa humildad, hace lo que sea para no morir.

Esta muerte al yo, paradójicamente, es el acceso a la verdadera vida en Cristo. Cuando el yo es crucificado, Cristo puede vivir en nosotros sin limitaciones. Cuando el imperio del ego es derribado, Cristo ocupa Su lugar. Es entonces que comienza una existencia distinta, no movida por el deseo de brillar, sino por la pasión de reflejar a Aquel que nos amó primero.

Renunciar no es perder, es entregar lo que nunca fue nuestro para recibir lo eterno. Abandonar el ego es abrazar el propósito. Crucificar el yo es abrir paso a una vida donde el alma ya no se consume buscando aceptación, porque ha sido aceptada en el Amado. Es dejar de buscar identidad en el reconocimiento, y hallarla en el secreto con Dios. Es vivir para Uno solo, y eso basta.

Esta es la sanidad más profunda: cuando el alma ya no gira alrededor de sí misma, sino de Cristo. Esta es la verdadera libertad: cuando ya no necesitamos demostrar quiénes somos, porque sabemos en quién hemos creído. Dios no desea modificar nuestro ego, sino crucificarlo. Y desde

esa cruz, levantarnos a una vida donde ya no vivamos nosotros, sino que Cristo viva y reine en todo tiempo.

***“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús...”***  
Filipenses 2:5

En el Reino de Dios, la grandeza no se mide por alturas, sino por profundidad: por cuán hondo está el corazón sumergido en la humildad. Mientras el ego se esfuerza por subir, Cristo descendió. Mientras el mundo celebra a los que conquistan, el Evangelio exalta al que sirve. La humildad no es una cualidad opcional, es el cimiento mismo de la vida cristiana y la esencia del Reino.

Jesús, el Rey eterno, eligió el camino del descenso. ***“Se despojó a sí mismo”***, dice Pablo. Nadie lo obligó. No fue vencido ni reducido, sino que voluntariamente eligió rebajarse, hacerse siervo, humillarse hasta la cruz. El Hijo de Dios no vino a ser servido, sino a servir. Su trono fue un pesebre, su corona una corona de espinas, su cetro una toalla con la que lavó pies. No compitió, no se impuso, no reclamó derechos. Tan solo se ofreció.

Este es el modelo. Esta es la vara con la que Dios mide la madurez de los suyos: no por cuántos lo siguen, sino por cuántos sirven. No por cuánta autoridad ejercen, sino por cuántos se rinden a Él en obediencia absoluta.

La humildad no es auto-negación depresiva ni pensar mal de uno mismo, sino el fruto de conocer a Dios y saberse polvo ante su gloria. El humilde no se desprecia, pero tampoco se exalta. Sabe quién es en Cristo, y por eso no necesita competir, impresionar ni defender su imagen. Su corazón ya no vive pendiente de brillar, sino de reflejar. Ha dejado de vivir para la aprobación de los hombres, porque encontró en el Padre su plenitud.

En el Reino, el protagonismo es una amenaza. Porque allí donde el yo se enaltece, Cristo se retira. Donde el líder se convierte en estrella, el Evangelio pierde su esencia. Somos llamados a ser servidores, no celebridades; a lavar pies, no a buscar aplausos; a ocupar el último lugar, no a asegurarnos el primero.

La humildad no es debilidad, es poder. Desarma al ego, construye comunión, sana heridas. Es la actitud que abre puertas a la gracia, porque ***“Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes”***. La humildad es el vestido del Reino: sin ella, no hay autoridad verdadera, no hay impacto duradero, no hay gloria que permanezca.

Si queremos ver a Cristo reinar en nuestras vidas, en nuestras iglesias y en nuestra generación, debemos redescubrir el camino del descenso. Debemos aprender a menguar para que Él crezca, a ceder para que Él gobierne, a callar para que Él hable.

Porque el Reino no avanza con poder humano, sino con corazones quebrantados. Y el Rey, aquel que se humilló hasta lo sumo, sigue buscando siervos que estén dispuestos a seguir su ejemplo. No los que dicen “*Señor, Señor...*” sino los que, como Él, se ciñen la toalla y lavan los pies en lo oculto. Esa es la gloria del Reino. Y su fundamento, inquebrantable, es la humildad.

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.”

2 Corintios 5:17

Uno de los mayores daños que el ego causa en el ser humano es la distorsión de su identidad. Nos hace vivir bajo máscaras, exigencias y etiquetas que no provienen de Dios. El ego edifica su imperio sobre la arena de la aprobación externa, el rendimiento, la comparación y el deseo constante de ser alguien... sin saber quién es realmente.

Pero en Cristo, esa vieja identidad, fracturada, desfigurada y condicionada por el pecado, es demolida. En su lugar, Dios comienza una obra de restauración profunda. No se trata de una mejora superficial ni de una reforma moral. Es una regeneración. Una nueva creación. Algo radicalmente distinto: el nacimiento de un ser que ya no está definido por su pasado, sus logros, sus heridas ni sus fracasos, sino por su unión con Cristo.

Muchos cristianos viven con la fe salvadora suficiente para ir al cielo, pero no con la identidad redimida suficiente

para caminar en la tierra con toda libertad. Llevan la cruz en el cuello, pero siguen cargando el peso de un “yo” viejo que ya fue crucificado. Necesitan escuchar, una y otra vez, que en Cristo ya no son lo que fueron. Que no son lo que otros dijeron de ellos, ni lo que hicieron, ni lo que sufrieron. Son nuevas criaturas.

La nueva identidad en Cristo no nace del esfuerzo, sino de una obra divina. No se trata de fabricar un “yo” mejorado, sino de permitir que el viejo “yo” muera para que lo eterno viva. Esta identidad es firme porque no depende de sentimientos, logros ni validaciones humanas. Está anclada en la Palabra de Aquel que no miente:

***“Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios...”***

1 Pedro 2:9

El ego quiere construir una identidad basada en la imagen, el prestigio y el rendimiento. Pero Cristo nos da una identidad construida sobre la gracia, la adopción y la verdad. En el ego, necesitas hacer para ser. En Cristo, eres para poder hacer. Todo cambia cuando se entiende esto.

La autoestima del ego es frágil, porque se sostiene sobre opiniones volátiles. La autoestima en Cristo, en cambio, se edifica sobre el carácter inmutable de Dios. No se basa en cuánto valemos para el mundo, sino en cuánto valemos para el Padre, quien nos entregó a Su Hijo por amor,

con la idea de que vivamos en Él, y en Él nos movamos y seamos (**Hechos 17:28**).

Una autoestima sana en Cristo no es arrogante, pero tampoco se arrastra. No es altivez, pero tampoco victimismo. Es un equilibrio santo. Es sabernos amados sin soberbia, y sabernos siervo sin miserias. Es caminar con la cabeza en alto, no por orgullo, sino por gratitud. Es saber que no somos el centro, pero tampoco desechos. Es vivir con la certeza de que fuimos creados con propósito, comprados con sangre y habitados por el Espíritu Santo.

Para construir esta autoestima sana, es necesario romper los espejos rotos en los que el ego se mira. Hay que dejar de definirse por los éxitos o los fracasos, por la aprobación o el rechazo, por los likes o los silencios. Y comenzar a mirarse en el espejo de la Palabra. Allí, el alma encuentra su forma verdadera.

Cuando un creyente descubre su identidad en Cristo, deja de mendigar afecto, de competir, de manipular, de imitar. Ya no necesita ser el primero, porque sabe que ha sido posicionado en Cristo. Ya no necesita tener siempre la razón, porque ha sido justificado. Ya no necesita impresionar, porque ha sido aceptado. La libertad llega cuando el yo muere y el ser renacido vive en comunión con su Creador.

El mayor descanso del alma llega cuando uno deja de actuar para sostener una imagen, y comienza a vivir desde la verdad. Ser quien Dios dice que soy es el mayor acto de

humildad y obediencia. Porque significa renunciar a toda etiqueta que el mundo, la familia, el pasado o uno mismo haya impuesto. Significa aceptar la visión del Creador sobre su criatura redimida.

Cristo no vino solo a perdonar nuestros pecados, sino a restaurar nuestra identidad. Él no murió simplemente para librarnos del infierno, sino para que vivamos como hijos amados del Padre. En Él somos coherederos, santos, escogidos, templos del Espíritu Santo, cartas vivas. El ego busca construir títulos, pero Cristo nos otorga nuestra verdadera identidad.

Y cuando vivimos desde esa identidad, todo cambia: las relaciones se sanan, la ansiedad disminuye, la envidia desaparece, el temor se disipa. Ya no competimos, ya no necesitamos manipular, ya no vivimos a la defensiva. Nuestro corazón se afirma. Y esa es la verdadera sanidad: no solo un alma libre del pasado, sino una vida plantada en la verdad.

***“Pues en Cristo habita toda la plenitud de Dios en un cuerpo humano. De modo que ustedes también están completos mediante la unión con Cristo, quien es la cabeza de todo gobernante y toda autoridad.”***

Colosenses 2:9 y 10 (NBV)



# Capítulo siete

## **EL PODER QUE VENCE AL IMPERIO**

*“En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si  
tuviereis amor los unos con los otros.”*

Juan 13:35

El ego no solo deforma la visión que tenemos de nosotros mismos, sino también la manera en que nos relacionamos con los demás. Cuando el “yo” gobierna, las relaciones se vuelven un campo de batalla, un teatro de manipulación, una vitrina de apariencias. El ego necesita controlar, competir, dominar o huir. Aprecia a conveniencia, perdona a medias, escucha para responder, pero no para comprender.

En el Reino de Dios, las relaciones no se rigen por la lógica del ego, sino por el poder redentor del amor. Donde antes hubo control, ahora hay servicio. Donde hubo manipulación, ahora hay libertad. Donde hubo competencia, nace la celebración mutua. Esta es la evidencia de una vida transformada: relaciones que han sido redimidas por Cristo.

Las relaciones dominadas por el ego son frágiles, condicionadas e inestables. El ego solo puede dar mientras recibe algo a cambio: atención, poder, reconocimiento, afecto. Cuando se siente amenazado, se cierra. Cuando se siente herido, ataca o huye. No conoce la entrega sin reservas ni el perdón incondicional. Todo está calculado. Todo gira en torno a las ganancias del “yo”.

Pero cuando Cristo comienza a gobernar, no solo transforma el corazón del individuo, sino la manera en que ese corazón se conecta con otros. El amor de Dios sana lo que el ego ha dañado durante años. Cura las heridas abiertas por la crítica, la traición, el abandono o la desilusión. Y vuelve a enseñar al alma cómo amar de manera desinteresada, limpia y libre.

El amor redimido no es débil, es firme. No es permisivo, es paciente. No es ingenuo, es sabio. Pero, sobre todo, es empático. La empatía es la capacidad de salir de uno mismo para habitar, aunque sea por un instante, en el mundo del otro. Es escuchar sin juzgar, acompañar sin invadir, comprender sin controlar. En un mundo ruidoso de egos hablando al mismo tiempo, la empatía es una revolución silenciosa.

Hay un amor que no nace del hombre, que es divino y que solo podemos recibir en Cristo. No es un amor que brota de las emociones volátiles ni se construye con las manos temblorosas de la carne. Es un amor que viene de lo alto, que desciende como un bálsamo sobre heridas abiertas, como

lluvia mansa sobre tierra sedienta. Es el amor de Dios: eterno, santo, inmutable. No es un sentimiento, es una decisión divina; no es una reacción, es una iniciativa celestial. Es el amor que nos amó primero, cuando aún estábamos rotos, sucios, endurecidos por el pecado.

Ese amor no solo nos busca, nos alcanza. Y cuando lo hace, comienza una obra silenciosa y milagrosa, porque primeramente nos sana y es en esa sanidad que podemos bajar la guardia, derribando el imperio del ego. Recordemos que una de las mayores fortalezas del ego proviene de las heridas, el dolor y el temor a confiar completamente.

El amor de Dios no se limita a abrazarnos en nuestro dolor, sino que entra en él, lo transforma desde adentro, lo redime. Sana los recuerdos que nos atan, las palabras que nos marcaron, los rechazos que nos cerraron el alma.

Su amor entra en los pasillos oscuros de nuestra historia y enciende una luz. Donde hubo abandono, Él se hace nuestra compañía fiel. Donde hubo traición, Él se convierte en verdad constante. Donde solo había soledad, ahora habita Su presencia.

Y una vez que hemos sido amados por el Señor, ya no podemos amar de la misma manera. Su amor nos reeduca. Nos enseña a mirar distinto, a perdonar donde antes nos defendíamos, a abrazar sin calcular, a servir sin esperar recompensa. Es un amor que no busca lo suyo, que no lleva cuentas del mal, que no presume, que no se lo pasa

demandando retribuciones. Es un amor que simplemente puede amar, incluso cuando no es correspondido. Es el amor que Cristo nos mostró en la cruz, con los brazos abiertos y sin condiciones.

Un corazón redimido no ama desde la carencia, sino desde la plenitud. Ama porque ha sido amado. No necesita poseer, manipular ni impresionar, porque ha encontrado su identidad en Aquel que es amor. Un corazón redimido no teme ser vulnerable, porque sabe que su fuerza no está en protegerse, sino en entregarse. Por eso el imperio del ego pierde sentido.

Dios nos enseña a amar como Él ama: con verdad, con paciencia, con sacrificio. No desde la necesidad, sino desde la libertad. No desde el ego, sino desde la gracia. El amor bíblico no es un refugio para esconderse de las heridas, es una espada para pelear contra las consecuencias del mal y vencerlas. Nos hace valientes para perdonar, generosos para dar, mansos para corregir, fuertes para permanecer.

Quien ha sido sanado por el amor de Dios lleva en el alma una ternura firme, una compasión que no se negocia, una fidelidad que no se cansa. Porque ha entendido que el amor no es una meta a alcanzar, sino una persona a reflejar. Cuando en la Iglesia de hoy hay celos, envidias, pleitos o conflictos de intereses, es porque el imperio del ego todavía no ha sido derribado por el amor verdadero.

Cuando un hermano no ha sido traspasado por el glorioso amor de Cristo en abundancia, no es porque Dios no haya querido hacerlo, sino porque su ego todavía se está defendiendo con temor, incluso del mismo Señor. Esto no es fácil de reconocer, pero es un problema común. Se evidencia en las actitudes religiosas, porque la inseguridad del ego hace sentir más cómodos a los hermanos haciendo cosas para merecer, que recibiendo la gracia de Dios.

Cristo es el modelo perfecto del amor puro, el espejo en el que nuestra alma aprende a mirarse. Y en ese espejo, poco a poco, con cada renuncia al orgullo y cada entrega sincera, el corazón se va pareciendo al suyo. Es entonces cuando el amor deja de ser una teoría y se convierte en una manera de vivir. Una forma de ser. Un reflejo del cielo en medio de la tierra. Una entrega sin temores, un imperio sin defensas que simplemente termina derribado.

El perdón es otra marca de la redención en las relaciones. No es simple olvido ni un acto emocional momentáneo, sino una decisión espiritual de soltar la deuda. Perdonar no es justificar lo que el otro hizo, sino renunciar a ser juez de su alma.

El perdón libera al ofendido más que al ofensor. Rompe las cadenas del resentimiento, el veneno del orgullo herido, el ciclo de la venganza silenciosa. Solo quien ha sido perdonado mucho puede perdonar mucho. Y solo un ego crucificado puede dar paso a un corazón perdonador.

Hay dolores que se alojan en lo profundo del alma como astillas invisibles. No sangran por fuera, pero duelen por dentro. Son esas heridas causadas por palabras y hechos que no se pueden borrar, por gestos que nos traicionaron, por ausencias que nos marcaron. El alma, en su fragilidad, aprende a protegerse con muros. Pero esos muros no curan. Solo aíslan. Solo endurecen, por eso deben ser derribados.

El perdón solo es posible cuando el amor de Cristo ha sido derramado en nuestros corazones, porque no es un camino natural. Es una revolución del corazón. No brota del instinto humano, sino del Espíritu de Dios obrando dentro de nosotros. Es un milagro silencioso que comienza en el lugar donde fuimos más heridos. Y aunque parezca un acto de debilidad, en realidad es la expresión más valiente de la gracia, y también la más poderosa.

Perdonar no es olvidar ni negar el dolor. Es mirar la herida de frente y, en lugar de vengarse, soltar rencores y dejarlos ir. Es decidir no devolver el golpe, aunque tengamos la fuerza para hacerlo. Es dejar que Dios sea el Juez, y nosotros simplemente sus hijos, restaurados por su misericordia.

El perdón verdadero que Dios demanda no es humano, solo proviene de Su esencia impartida. Nace en el corazón perdonador de Cristo, quien sufrió toda clase de desprecio e injusticia y aun así determinó perdonar. ***“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”*** no fue una oración más, fue la liberación de una virtud que la humanidad no tenía. El

perdón es el umbral por el cual la humanidad puede volver a casa. Es la llave que desbloquea los cerrojos del alma. Es la medicina que cura lo incurable.

Cuando ese perdón nos alcanza, no solo nos libera del peso del pecado, también nos sana del veneno del rencor. Nos transforma en personas que pueden mirar a quienes los hirieron... y ya no desear venganza, sino restauración. Porque quien ha sido perdonado mucho, aprende a perdonar mucho. El corazón redimido no se aferra a lo que le deben, porque ha sido perdonado de una deuda imposible de pagar.

Dios no nos llama a perdonar por ignorar el daño, sino por redimirlo. No para que finjamos que no pasó nada, sino para que podamos vivir como si el mal no tuviera la última palabra. Y así como su perdón no fue barato ni superficial, tampoco lo será el nuestro. Perdonar a veces dolerá. Nos costará lágrimas, renunciaciones, noches de oración. Pero cada vez que lo hagamos, nos pareceremos más a Él, porque el imperio del ego pierde sus murallas y simplemente cae.

El perdón no cambia el pasado, pero transforma el futuro. Nos permite caminar livianos, sin cadenas, sin mochilas emocionales, sin repetir en otros el daño que sufrimos. Algunos piensan que el perdón es instantáneo, pero no es así; puede que algunos hermanos deban tomar esa decisión más de una vez cada día, hasta que la herida cicatrice del todo. Sin embargo, nadie que se diga hijo de Dios debería dejar de intentarlo. El perdón es una decisión que siempre valdrá la pena.

La comprensión es también parte de esta redención. Ya no miramos a los demás desde la superficie ni juzgamos por apariencias. Aprendemos a ver como Cristo ve: con ojos de misericordia, compasión y verdad. El amor maduro no es ciego, pero tampoco severo. Corrige con ternura, exhorta con humildad, acompaña con respeto. Ama con verdad, pero nunca sin gracia.

En el diseño del Reino, nadie fue llamado a vivir aislado. Fuimos creados para la comunión, la interdependencia y la unidad. Pero el ego odia depender: quiere destacar, no compartir; competir, no cooperar. Por eso, la verdadera comunidad es imposible donde el yo no ha sido crucificado, donde el amor no ha sido expresado con plenitud, y donde el amor es una cuenta pendiente.

La Iglesia no es un escenario de estrellas espirituales, sino un cuerpo vivo donde cada miembro aporta, sirve y necesita del otro. No hay lugar para protagonismos ni jerarquías de vanidad. El que más sirve es el más grande. El que más ama es el que más se parece a Cristo. La mutualidad, ese dar y recibir constante entre hermanos, es el aire que respira una comunidad viva.

Las relaciones redimidas no son perfectas, pero sí sanas. No están libres de conflicto, pero sí de orgullo dominante. En ellas se puede disentir sin dividirse, corregir sin destruir, acompañar sin manipular. Son relaciones donde hay espacio para la debilidad, la confesión y el crecimiento conjunto.

No hay fuerza más contracultural y poderosa que el amor según Cristo. No es emoción, es entrega. No es impulso, es elección. No es sentimiento, es sacrificio. Y solo puede brotar de un corazón donde el ego ha sido sometido y el Espíritu Santo ha sido entronizado para gobernar con autoridad y poder.

Este amor transforma familias, sana matrimonios, une congregaciones, levanta al caído y quiebra muros que años de discurso no pudieron derribar. Porque donde el ego divide, el amor restaura. Donde el yo impone, el amor convence. Donde el orgullo endurece, el amor ablanda.

Cristo nos amó primero, y nos llama a amarnos así: no como una opción emocional, sino como una señal profética al mundo. ***“En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Juan 13:35).*** No por cuántas doctrinas conocemos, ni por cuántas cosas hayamos hecho para el Reino, sino por cuánto amor verdadero logramos manifestar.

***“Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne.”***

Gálatas 5:16

La batalla más intensa que libra el cristiano no se encuentra en el exterior, sino en su interior. No siempre es visible, pero arde constantemente: es la lucha entre la carne y el Espíritu, entre el viejo yo que quiere gobernar y el nuevo

hombre que ha nacido de Dios. Es el combate diario entre la naturaleza caída y la vida resucitada en Cristo.

Allí donde la carne busca el dominio, el Espíritu busca la rendición. Donde la carne exige, el Espíritu susurra. Donde la carne arde con deseos egoístas, el Espíritu anhela formar el carácter de Cristo. La carne no se somete a Dios ni puede; el Espíritu, en cambio, guía con mansedumbre, transforma con verdad y empodera con gracia.

La destrucción del imperio del ego no es obra de la voluntad humana. No basta con querer cambiar, ni con esforzarse por reprimir el mal. El yo crucificado solo permanece muerto cuando el Espíritu Santo gobierna. Solo Él tiene poder para mantener al viejo hombre en la tumba y vivificar cada rincón del alma con la presencia de Cristo.

Ser guiados por el Espíritu no es un ideal místico reservado para creyentes especiales, sino el llamado esencial para todo discípulo de Jesús. Es vivir bajo otra dirección, con otra brújula, por otro código. Es aprender a discernir sus impulsos y obedecer Su voz. Es caminar cada día con la certeza de que no estamos solos, que hay una Presencia viva y santa en nosotros que desea gobernar cada pensamiento, cada emoción, cada decisión.

El Espíritu no solo nos muestra el camino, sino que nos capacita para recorrerlo. Él no nos da órdenes, sino poder: poder para decir no a la carne, poder para resistir la tentación, poder para vivir más allá del ego. Su guía es delicada pero

firme. No grita, pero no se contradice. No manipula, pero no cede. Su dirección produce paz, aunque a veces implique renuncia.

Vivir en el Espíritu es elegir la obediencia antes que la conveniencia. Es frenar cuando el alma quiere correr, callar cuando el ego quiere hablar, abrazar cuando la herida quiere rechazar, esperar cuando el orgullo quiere actuar por impulso. Es confiar en que su camino, aunque estrecho, conduce siempre a la verdadera libertad.

La evidencia más clara de una vida gobernada por el Espíritu no está en los dones, sino en el fruto; no en los milagros, sino en el carácter; no en manifestaciones externas, sino en transformación interna. **Gálatas 5:22** lo expresa con claridad: *“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, dominio propio.”*

Este fruto no puede crecer en terreno donde el ego aún reina. Porque el ego produce otro tipo de “fruto”: envidia, contienda, rivalidad, soberbia, autosuficiencia. Pero cuando el yo muere, el Espíritu florece. Y ese fruto no solo embellece la vida del creyente, sino que alimenta a quienes lo rodean. Las personas se acercan al que camina en el Espíritu porque hay en él algo genuino: ternura sin debilidad, firmeza sin dureza, gracia sin permisividad.

El dominio propio es quizá la mayor señal de que el ego ha sido crucificado. No es represión, sino libertad

interior. No es ser esclavo de las emociones, del deseo o del impulso, sino tener control porque se ha rendido el control. Es la soberanía del Espíritu sobre cada área de la vida.

La carne grita; el Espíritu persuade; la carne exige satisfacción inmediata; el Espíritu trabaja en procesos; la carne alimenta el ego; el Espíritu lo crucifica; la carne busca la gloria humana; el Espíritu exalta la gloria de Cristo. Por eso Pablo dice: ***“Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu”*** (Gálatas 5:25). No basta con haber nacido de Él, hay que vivir en sintonía con Él. No basta conocer Su poder, hay que rendirse a Su gobierno.

No se trata de perfección, sino de dirección. No de no caer nunca, sino de nunca dejar de levantarse. El cristiano que ha rendido el ego no se deja dominar por la carne, aunque esta intente resurgir. Sabe que su victoria está en la dependencia, no en la autosuficiencia. Y cada día, al comenzar, su oración es la misma: *“Espíritu Santo, guíame hoy. No quiero vivir para mí, sino para Cristo...”*

El Espíritu Santo es la fuerza que derriba el imperio del ego; lo hace con sanidad, con amor verdadero, con perdón genuino, con entendimiento claro. No impulsa las capacidades del ego, las sustituye. No lo disciplina, lo crucifica. Y desde esa muerte, hace brotar una vida nueva, gloriosa y que revela claramente a la persona de Cristo.

***“Porque si por la transgresión de uno, por éste reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por medio de uno,***

*Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia.”*

Romanos 5:17



# CONCLUSIÓN FINAL

*“Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas.  
A él sea la gloria por los siglos. Amén.”*

Romanos 11:36

La gran victoria del Evangelio no es solo la salvación individual, sino la formación de una Iglesia que ya no vive para sí, sino para Aquel que la compró con sangre. Una Iglesia que ha sido libertada no solo del pecado, sino de su propio ego colectivo. Una comunidad que ya no se edifica sobre el protagonismo humano, sino sobre la centralidad absoluta de Cristo. Una Iglesia que ha dejado de buscar su nombre, para levantar el Nombre sobre todo nombre.

La Iglesia de Cristo fue concebida como un cuerpo, no como un escenario. Como una familia espiritual, no como una estructura de poder. Pero cuando el ego penetra, la Iglesia deja de ser un altar y se convierte en una plataforma. Los púlpitos se transforman en vitrinas, los ministros en celebridades, y los hermanos en espectadores. El mensaje se diluye, el Reino se oscurece, y el yo vuelve a ocupar el lugar que solo pertenece a Jesús.

Un cuerpo no compite consigo mismo. No hay envidia entre sus miembros, ni orgullo de funciones. Cada parte cumple su rol en armonía con el todo. El dedo no se gloria

por señalar, ni el ojo se jacta por ver. Todos dependen unos de otros y se sujetan a la Cabeza. Así debe ser la Iglesia: una comunidad interdependiente donde nadie busca exaltarse, y todos reconocen que Cristo es la Cabeza. El verdadero protagonismo pertenece solo a Él.

Los dones son gloriosos, pero no deben ser ídolos. Los líderes son siervos, no figuras. Cuando la Iglesia es libre de sí misma, el Espíritu fluye sin estorbos, la Palabra corre sin filtros, y el amor se mueve sin intereses ocultos. La unidad no es una consigna vacía, sino una realidad vivida. La humildad no es un discurso, sino una cultura espiritual.

Cristo no vino a fundar un movimiento centrado en hombres, sino a levantar una comunidad centrada en su Persona. Él no delegó su gloria, ni compartió su trono. Su cruz no fue un trampolín para egos religiosos, sino una declaración de muerte al yo. Por eso toda Iglesia verdaderamente suya lo entroniza, no lo usa. Lo proclama, no lo opaca. Lo obedece, no lo acomoda.

Cuando Cristo es el centro, todo gira en torno a Su Palabra, Su carácter y Su obra. Los programas no reemplazan la oración. Las luces no sustituyen la luz del Espíritu. El crecimiento numérico no es más importante que el crecimiento en santidad. La presencia de Dios no se simula, se busca con quebranto. El servicio no es promoción, es entrega. El púlpito no es un lugar para subir, sino para descender y servir desde lo más profundo del alma.

Una Iglesia centrada en Cristo se parecerá a su Señor: compasiva, verdadera, firme, humilde, santa. No será perfecta, pero será pura. No será aplaudida por el mundo, pero será conocida en el cielo. No tendrá todas las respuestas del marketing moderno, pero tendrá fuego en el altar.

El Reino de Dios avanza con hombres y mujeres que han muerto a sí mismos. No con los más talentosos, sino con los más rendidos. No con los más visibles, sino con los más disponibles. La cruz que nos salva es también la cruz que nos forma. La gracia que nos justifica es la misma que nos llama a la entrega. No hay vida plena sin rendición absoluta.

Hoy, más que nunca, se levanta un clamor desde el corazón del Padre: *“Sean una Iglesia libre de sí mismos, y el mundo verá a mi Hijo...”* Una Iglesia así no será medida por su fama, sino por su fidelidad. No será reconocida por su brillo exterior, sino por su pureza interior. No será admirada por sus estructuras, sino por su semejanza al Cordero.

El imperio del ego ha sido expuesto. Ha sido enfrentado. Ha sido crucificado. Ahora es tiempo de andar en novedad de vida. Es tiempo de que la Iglesia resplandezca no por su imagen, sino por la gloria de Cristo reflejada en su rostro. Es tiempo de entrega total. De decir, como Juan el Bautista: *“Es necesario que Él crezca, y que yo mengüe.”*

Que este libro no sea solo una lectura, sino un altar. Que sus páginas no sean solo ideas, sino leña para el fuego del quebrantamiento. Que su mensaje no termine aquí, sino

que siga ardiendo en cada corazón dispuesto a dejarlo todo, con tal de que Cristo lo llene todo.

***“Por eso, de la manera que recibieron a Cristo Jesús como Señor, vivan ahora en él, arraigados y edificados en él, confirmados en la fe como se les enseñó, y llenos de gratitud. Cuidense de que nadie los cautive con la vana y engañosa filosofía que sigue tradiciones humanas, la que va de acuerdo con los principios de este mundo y no conforme a Cristo. Toda la plenitud de la divinidad habita en forma corporal en Cristo; y en él, que es la cabeza de todo poder y autoridad, ustedes han recibido esa plenitud.”***

Colosenses 2:6 al 10 NVI



## Oración Final:

*Padre nuestro, Rey humilde y glorioso, nos postramos hoy delante de Ti, reconociendo que sin Ti no somos nada, y que todo intento de vivir para nosotros mismos ha sido vano, estéril y vacío...*

*Gracias por tu cruz, donde no solo fuiste clavado Tú, sino también nuestro ego, nuestra soberbia, nuestras máscaras y ambiciones...*

*Allí morimos contigo, y en tu resurrección, nacimos a una nueva vida...*

*Te pedimos, con temor y temblor, que sigas derribando en nosotros todo lo que no viene de Ti...*

*Destruye los altares del yo. Rompe las estructuras que levantamos para nuestra gloria. Haz pedazos toda imagen que no refleje la tuya. Haznos libres de nosotros mismos.*

*Queremos vivir en la verdad, andar en el Espíritu, reflejar tu carácter y amar como Tú amas...*

*Haznos siervos, no estrellas; haznos vasos, no protagonistas. Que nuestros nombres mengüen, para que el tuyo sea exaltado en todo...*

*Señor, sana nuestras heridas, redime nuestras relaciones, transforma nuestras motivaciones...*

*Desata sobre nosotros una pasión pura, una entrega radical, una obediencia gozosa...*

*Forma en nosotros el corazón del Cordero y la mente del Siervo...*

*Haz de tu Iglesia una morada sin ego, una casa de gloria donde Tú seas el centro...*

*Recibe este libro como una ofrenda, estas palabras como un clamor, y este corazón como un altar encendido para Ti...  
Aviva tu fuego en nosotros, y que al final de todo, solo se escuche una voz, solo se vea un rostro, solo se exalte un nombre: el tuyo, Jesús... Amén.*



## **GUÍA PRÁCTICA PARA LA IDENTIFICACIÓN DEL EGO**

*“Examínese cada uno a sí mismo...”*

2 Corintios 13:5

El ego es experto en el arte del disfraz. Puede esconderse detrás de espiritualidad, falsa humildad, activismo o dolor no sanado. Por eso, necesitamos detenernos con sinceridad ante Dios y permitir que su luz revele lo que aún debe morir en nosotros (**Salmo 36:9**). Esta guía no está diseñada para ayudarlos a realizar una introspección, sino para darles una herramienta que pueda ser utilizada por el Espíritu Santo, no por nosotros mismos.

Si apeláramos a la introspección, estaríamos dándole al mismo ego, la posibilidad de que se auto evalúe a sí mismo y lógicamente esconderá su participación. El versículo que encabeza esta guía, es mencionado por Pablo en relación al estado personal, antes de compartir la santa cena, pero Pablo no está sugiriendo una evaluación personal sin la obra del Espíritu Santo.

Por esta causa, antes de comenzar esta evaluación les ruego que hagan una oración al Señor con sencillez, con humildad, y por sobre todo con gran honestidad:

*“Padre, en el Nombre de Jesús, te ruego que me muestres lo que aún no logro ver de mí mismo. Examíname con amor. No quiero vivir engañado por mi propio ego. Enséñame a reconocer toda actitud incorrecta en mi proceder diario, permíteme reconocer la operación de mi yo, y comenzar a menguar, para que Cristo crezca en mí. Te lo pido en el Nombre de Jesús... Amén”*

1) ¿Quién tiene el control de mis decisiones?

¿Actúo según lo que Dios quiere o según lo que me conviene?

¿Cuánto peso tiene la opinión de los demás en lo que elijo hacer?

¿Consulto a Dios en oración o solo le informo mis planes?

¿Le pregunto qué es lo que Él quiere que yo haga, o le pido en oración que haga lo que yo deseo o he determinado?

Reflexiona: ¿Qué áreas de tu vida aún gobierna el ego disfrazado de “prudencia”, “lógica” o “autonomía”?

2) ¿De qué cosas me cuesta más desprenderme?

¿Qué posesiones, títulos, funciones o relaciones no estoy dispuesto a entregar si Dios me lo pidiera?

¿Hay algo que considero “mi derecho” y defiendo con terquedad?

¿Sería capaz de dar materialmente todo lo que Dios me demande?

¿Mi seguridad está en Dios... o en mis logros?

Reflexiona: El ego no quiere soltar. El Espíritu, en cambio, libera. ¿Qué debes rendir hoy?

3) ¿Cómo reacciono cuando no me reconocen?

¿Me ofendo fácilmente cuando no se valora lo que hago?

¿Me comparo con otros que son más visibles o aplaudidos?

¿Siento celos o envidia espiritual?

Reflexiona: El ego se alimenta del reconocimiento; el corazón humilde sirve en lo secreto, sabiendo que Dios ve.

4) ¿Me cuesta pedir perdón o reconocer errores?

¿Necesito tener siempre la razón?

¿Justifico mis actitudes en vez de arrepentirme sinceramente?

¿Pido perdón para calmar la culpa o para restaurar relaciones?

Reflexiona: El ego no se equivoca, solo se defiende. El Espíritu convence y lleva a la verdad.

5) ¿Qué hay en mi corazón cuando otros son bendecidos?

¿Celebro sinceramente el crecimiento y los logros ajenos?

¿Creo que merezco más que otros?

¿Mi alegría depende de lo que recibo... o de lo que soy en Cristo?

Reflexiona: El ego compete; el amor celebra. ¿De qué está lleno tu corazón cuando otro es exaltado?

6) ¿Cómo hablo de los demás cuando no están presentes?

¿Critico, minimizo o me burlo para sentirme superior?

¿Uso la verdad como excusa para la murmuración?

¿Busco quedar bien hablando mal de otros?

Reflexiona: El ego se siente grande cuando otros se ven pequeños. El Espíritu honra incluso en lo secreto.

7) ¿Sirvo para ser visto o por amor?

¿Acepto tareas ocultas o solo aquellas que me dan visibilidad?

¿Me frustro cuando mi esfuerzo no tiene frutos inmediatos?

¿Estoy dispuesto a dar sin recibir, sembrar sin cosechar, amar sin condiciones?

Reflexiona: El ego sirve para impresionar; el siervo de Cristo sirve por amor.

8) ¿Dónde está mi verdadera identidad?

¿Me siento valioso por lo que hago o por lo que soy en Cristo?

¿Me derrumbo cuando fracaso o me comparo con los demás?

¿Busco constantemente validación externa?

Reflexiona: El ego necesita “ser alguien”; en Cristo ya eres hijo, amado, aceptado, completo.

9) ¿Cuándo tengo que tomar decisiones pienso en mí o en lo que los demás desean?

¿Cuándo elijo que hacer o cómo hacerlo, pienso en los demás o solo pienso en lo que yo quiero?

¿Cuándo elijo que comer, a qué temperatura climatizo el ambiente, pienso en mí o pregunto a los demás como se sienten?

¿Cuándo debo comprar algo para la Iglesia o para mi familia, elijo y determino, o consulto con los demás?

Reflexión: ¿Soy el centro de mis decisiones o me importa mucho lo que los demás sienten, desean o prefieren?

**10)** ¿Qué debo hacer con lo que Dios me mostró?

- Anota lo que el Espíritu te haya revelado. Sé específico.
- Ora con quebranto y gratitud. Rinde cada área al Señor.
- Habla con alguien maduro en la fe. A veces Dios sana a través de la confesión y el consejo.
- Camina en obediencia. El ego no se vence solo con palabras, sino con pasos concretos de humillación, entrega y servicio.

Oración de rendición diaria:

*“Señor, hoy vuelvo a entregar mi ego. Renuncio a vivir para mí mismo. Crucifico mi orgullo, mis exigencias, mis temores y mi necesidad de aprobación. No quiero ser el centro. Reina Tú en mí. Lléname de tu Espíritu, enséñame a servir y a amar como Tú. Mengüe yo, crezcas Tú. Amén.”*

***“Pero cada vez que alguien se vuelve al Señor, el velo es quitado. Ahora bien, el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Así, todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados a su semejanza con más y más gloria por la acción del Señor, que es el Espíritu.”***

**2 Corintios 3:16 al 18 NVI**



# Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

## Doctor y maestro de la Palabra

*Oswaldo Rebolleda*



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

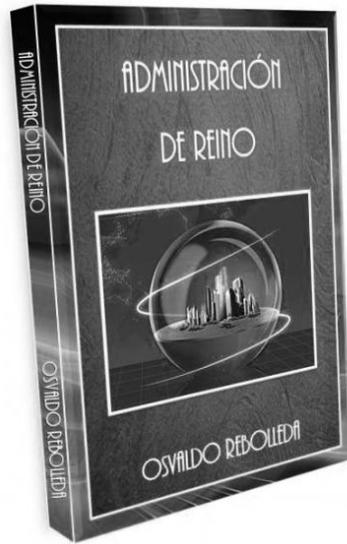
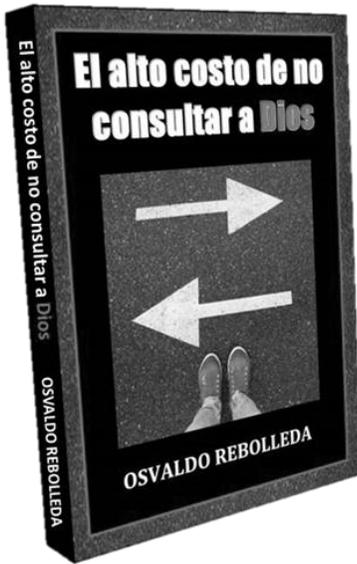
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de La Universidad teológica de Estados Unidos.**

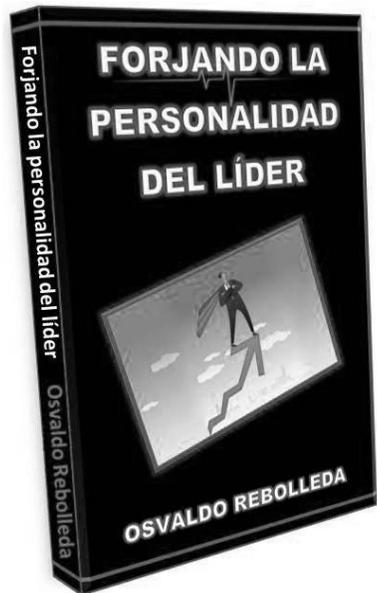
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina Y hasta lo último de la tierra.

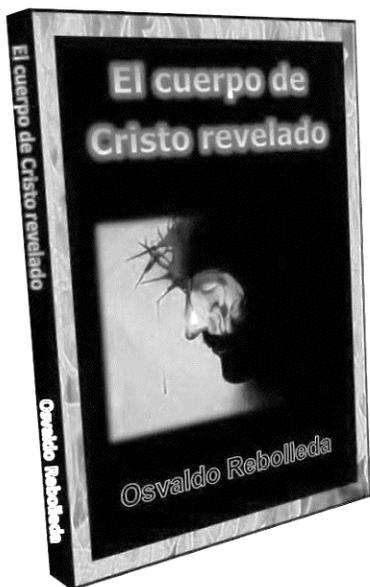
[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)

[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)

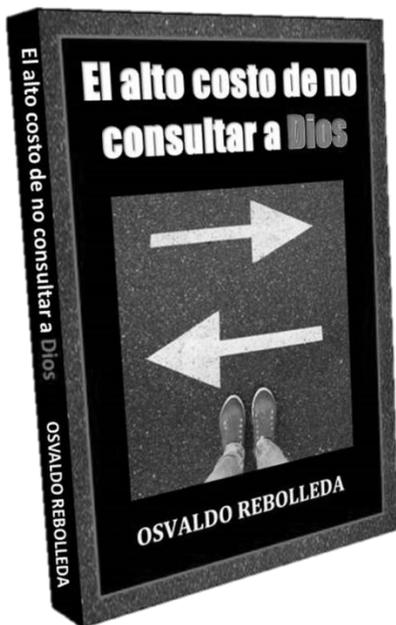


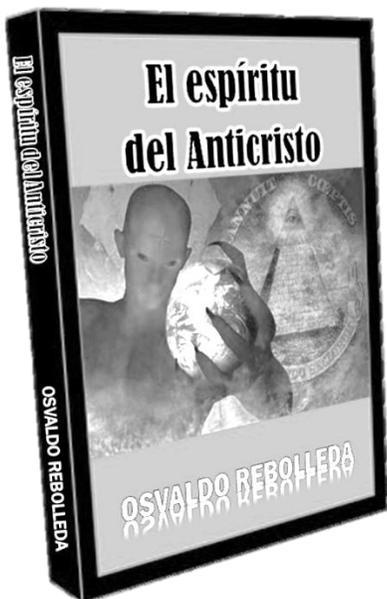
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



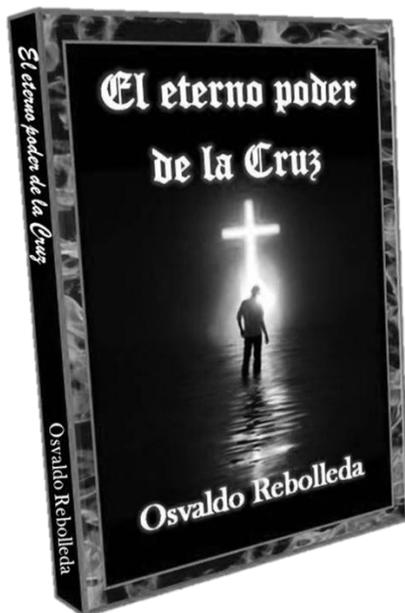
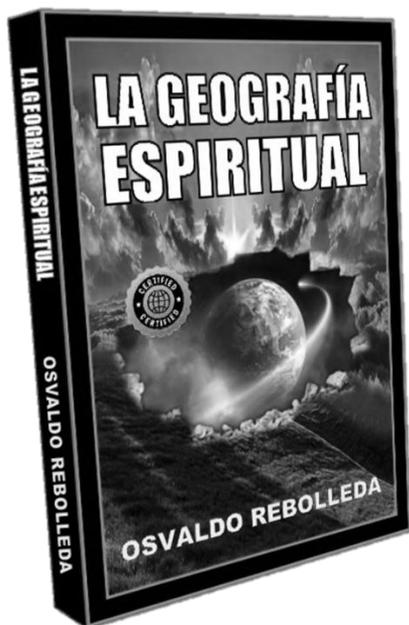


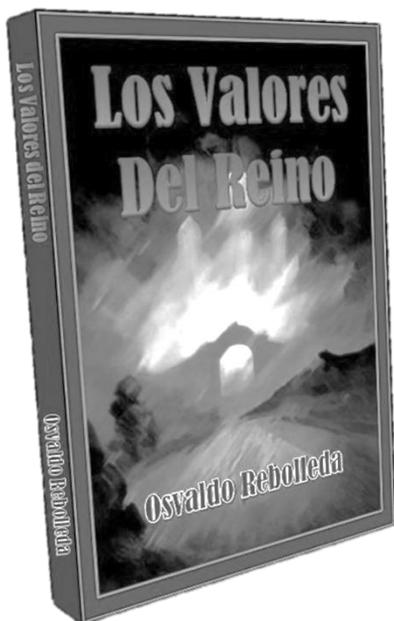
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)

